

#35



EL BUENISMO CRIMINAL

Pablo Gea Congosto

Ediciones Beers&Politics

El buenismo criminal

Pablo Gea Congosto

Copyright. 2022. Pablo Gea Congosto

Barcelona. Ediciones Beers&Politics

Colección “Sacar del cajón”. Número 35

Coordinado por Xavier Peytibi. Portada de Àlex Comes

ISBN: 9798430697211

ÍNDICE

1. EL BUENISMO: LA IDEOLOGÍA DEL SIGLO XXI

2. ORÍGENES

- 2.1. ATENAS, ESPARTA Y ROMA
- 2.2. LA REVOLUCIÓN FRANCESA
- 2.3. DEL SOCIALISMO AL COMUNISMO
- 2.4. DEL COMUNISMO AL NACIONAL-SOCIALISMO
- 2.5. DEL HOLOCAUSTO A LA BUROCRATIZACIÓN

3. LA NUEVA RELIGIÓN

- 3.1. FANATISMO
- 3.2. INQUISICIÓN
- 3.3. COLECTIVISMO
- 3.4. BUROCRATIZACIÓN
- 3.5. ESTATALISMO
- 3.6. DEMOCRACIA TOTALITARIA
- 3.7. CONTROL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN
- 3.8. ANTICAPITALISMO
- 3.9. ANTI-OCCIDENTALISMO
- 3.10. PRO-ISLAMISMO
- 3.11. ANTI-SEMITISMO
- 3.12. INMIGRACIÓN
- 3.13. FEMINISMO RADICAL
- 3.14. PRIVILEGIO A LAS MINORÍAS
- 3.15. DICTADURA DE LO POLÍTICAMENTE CORRECTO
- 3.16. PENSAMIENTO ÚNICO

4. DEL BUENISMO CRIMINAL AL TOTALITARISMO DEL SIGLO XXI

5. CONCLUSIONES

1

**EL BUENISMO: LA IDEOLOGÍA
DEL SIGLO XXI**

La Caída del Muro de Berlín en 1989, el fin -aparente- de la Guerra Fría y la desaparición de la Unión Soviética en 1991 llevaron al mundo a la unipolaridad. No tan sólo en lo que a la geoestrategia se refiere, sino también a la ideología. Parecía que las tesis de Francis Fukuyama se cumplían y que la ‘Democracia Liberal’ se superpondría como la nueva ideología única tras haber superado el envite de todas las demás innovaciones ideológicas que podían disputarle la partida. Como adecuadamente señala Stanley G. Payne, el Fascismo y el Nacional-socialismo constituyeron las últimas innovaciones ideológicas viables después del Socialismo y el Comunismo. Que las ideologías tradicionales se reinventaran y se adaptaran al contexto no significaba en modo alguno que renunciaran a sus postulados básicos. A día de hoy, el Liberalismo sigue siendo liberalismo, el Socialismo sigue siendo socialismo, el Conservadurismo sigue siendo conservadurismo, el Fascismo sigue siendo fascismo y el Nacional-socialismo sigue siendo nacional-socialismo. Más allá de los *neo* que se saquen de la manga sus adversarios políticos como cajón de sastre para meter dentro a grupos heterogéneos y diferentes entre sí y tratar de agruparlos en un mismo concepto generalista y generalizante que permita su adecuado combate. Un *enemigo* definido con un término elástico, un *significante vacío*, es un objetivo de invectivas formidable y movilizador de agentes políticos. Sean cuales sean estos.

Pero esta unipolaridad no fue más que un espejismo. Se volatilizó junto con los sueños y esperanzas de cambio, al tener que asumir que las cosas eran como eran y que no había más. Asimilar que se halla ante el ‘fin de la Historia’ en términos dialécticos hegelianos, puede resultar frustrante. Y fue lo que pasó. Los ‘perdedores’ de la Guerra Fría y otros que, sin serlo, habían crecido al amparo de las sociedades que ahora criticaban, tuvieron que replantearse toda su cosmovisión y pensar. Pensar mucho. Sus sistemas políticos habían colapsado, cierto. Su ideología oficial y sus teorías científicas se habían revelado como falsedades sociológicas y fracasos prácticos apabullantes. Ciertamente. Pero el espíritu seguía vivo. Y mientras eso fuese así, no todo estaba perdido. Tan sólo había que buscar nuevas causas, nuevas racionalizaciones teórico-prácticas sobre las cuales edificar de nuevo su utopía y su visión del hombre y del mundo. La espera no duró mucho. Las contradicciones que había liquidado a la URSS, y que habían forzado a reliquias de otros tiempos como la China comunista o Cuba a un repliegue, amenazaban ahora también a la llamada ‘Democracia liberal’ con llevársela por delante. Su Clase Política había caído en los mismos vicios que criticaron durante años a los comunistas: burocratización, ineficiencia ineficacia, alejamiento de sus pueblos, corrupción, amiguismo, criminalidad y laminación progresiva de las libertades y derechos sociales conquistados.

Desde los Atentados del 11 de Septiembre en Estados Unidos, la ‘Democracia Liberal’ por excelencia, hasta nuestros días, pasando por las guerras de Irak y Afganistán, las Primaveras Árabes (que ni fueron tan primaveras ni tan árabes) y el surgimiento del Estado Islámico y grupos terroristas transnacionales y locales más o menos similares, el mundo asistió, esta vez, a un repliegue de este modelo de organización de Estado y, por ende, de esta ideología. ¿Qué ocurrió? ¿Estaban las sociedades locas? ¿No conocían la Historia? ¿El hastío les hacía contemplar el suicidio colectivo como una buena opción? Nada de eso. Pasando por encima de los grupos

organizados que siempre estuvieron ahí (movimientos anti-globalización, nacionalistas, etnocentristas, reaccionarios, comunistas, anarquistas o socialistas, entre otros) la sociedad, especialmente la occidental, donde habían nacido las ideologías clásicas, había constatado de una vez la verdadera naturaleza de lo que estaban viviendo. Como la Primavera de Praga demostró a los ciudadanos del antiguo Bloque del Este que el Socialismo no es ni puede ser reformable, y que las únicas configuraciones posibles, de una forma u otra, degeneran siempre en Tiranía (una lección que venezolanos y nicaragüenses están aprendiendo a sangre y fuego); estos treinta años han enseñado a la sociedad que bajo la parafernalia de soflamas humanistas y libertarias, bajo la tinta de los Tratados Internacionales más fastuosos, se encontraba una Clase Política firmemente anclada en el Poder, sin intención de abandonarlo, que jugaba con el Estado de Bienestar para su beneficio personal y reservaba las migajas para unos ciudadanos a los que se conducía hacia el conformismo político a la vez que se anulaba su sentido crítico de la mano de un Sistema Educativo servil.

La sociedad despertó de un largo letargo. Los estallidos mediáticos no se quedaron ahí, sino que derivaron en nuevos partidos, nuevas plataformas, aderezadas por la democracia informativa que ha supuesto el advenimiento de la Era de Internet y las Nuevas Tecnologías. Se comunicaba de otra forma. Estaba por ver aún si se comunicaban también otras cosas. Pero, de momento, la realidad estaba clara: la Clase Política y los partidos tradicionales eran corruptos y estaban desfasados. O se renovaban o morían. Algunos incluso demandaron su desaparición. Así de sencillo y de complicado a la vez. Lo que se había vendido como un paraíso de libertades y derechos sociales no lo era en absoluto. Los Partidos Políticos habían roto el Contrato Social. Se habían emancipado de las personas a las que decían representar. La nueva exigencia de fiscalización social expuso de repente a la luz de los focos casos desagradables. España es un buen ejemplo. El Partido Popular y

el Partido Socialista -de nuevo, entre otros- habían pasado demasiado tiempo haciendo lo que les daba la gana. Robando y corrompiendo las Instituciones Públicas impunemente y ante las narices de los ciudadanos. Un buen mensaje para todos, porque, si uno es honrado y es condenado a la mediocridad y al sufrimiento, ¿debe plantearse ser un pillo, cometer ilegalidades y vivir mejor que otros y a costa de esos otros hasta que le pillen, si es que le pillan? Esa pregunta retórica fruto de la indignación se la hicieron muchos. Fin de la función. Ni era 'Democracia' ni era 'Liberal'.

¿Y ahora, qué? Se sabía lo que se combatía pero, en su lugar, ¿qué debía sustituirlo? Ahí estaban los que se habían estado lamiendo las heridas desde 1989. Y sus herederos. Y sus simpatizantes. Y sus compañeros de viaje. Y un montón de ciudadanos legítimamente indignados que iban a caer en sus redes para convertirse en instrumentos de su re-edición ideológica. Una operación de maquillaje político, márketing y comunicación brillante. La amnesia colectiva, la memoria a corto plazo y las emociones desbordadas se mezclaron en un cóctel tan explosivo como excitante. Problemas y lacras como la contaminación, la discriminación y violencia contra la mujer, la homofobia, el conservadurismo sexual, la inmigración o las dificultades de integración de las diferentes culturas se convirtieron en una bandera que fue secuestrada por estos grupos ideológicamente motivados para crear una nueva ideología no diferente en su fondo de la antigua, aunque sí en sus formas. No fue un proceso con efecto automático, ni se consiguió el objetivo a instante. Se trató de una agitación perfectamente planificada que dio como resultado la creación de nuevas plataformas, la revitalización de viejos grupos de presión y la aparición de otros nuevos, así como nuevos partidos en la arena política y viejos, también, que buscaban ahora redimirse por los pecados pasados.

Lentamente fue tomando forma mediática el nuevo planteamiento. Heterogéneo y poroso en sus manifestaciones

estéticas, pero con un fondo común que hermanaba a todos sus apéndices: el colectivismo. Desde los nacionalistas hasta los internacionalistas. Desde los populistas xenófobos hasta los radicales bolivarianos. Todos, sin excepción, están unidos por el odio hacia la personalidad individual. Todos, sin excepción, se legitiman en base a la identidad de grupo y aborrecen a quien se sale de la fila. Todos, sin excepción, pretenden la construcción de modelos de sociedad organicista donde la utopía ideológica anule una capacidad de discrepancia que se juzga problemática para la armonía del conjunto. Por eso sus identidades de grupo excluyen los particularismos individuales, definidos como egoístas, y supeditan las necesidades personales a la imposición de una nueva suerte de ‘etnocentrismo’ cultural de grupo anulando la capacidad de raciocinio de los individuos y sustituyéndola por el fanatismo de la hipérbole del sentimentalismo. Momento en el cual no es posible razonar nada y sólo cabe la entrega absoluta a la ideología total, so pena de ser marginado y, finalmente, apartado del grupo. Condenando al damnificado a la negación de sí mismo tras el proceso de despersonalización presurizada fruto de incontables horas de re-educación.

Fuera de estas fronteras de grupo, la pérdida de legitimidad social de las ideologías y actores anteriores llegó al punto crítico de la atomización del individuo provocada -en parte, pero no sólo- por una crisis económica (que también lo es política, y aún más, de valores) dejando el campo expedito para que esta ideología camuflada como un impulso popular y plural sustituyera los anteriores cánones vigentes. Sabían cómo hacerlo. Prensa, radio, televisión, cine, teatro, redes sociales, vídeos, universidades, escuelas, programas... Todas las armas de la sociedad de la información estaban a su disposición. Confundieron deliberadamente la causa de los problemas con su diagnóstico, de manera que discrepar de ellos es negar la causa de todos los males y, por tanto, ser cómplice de ellos y parte del problema. Pero tendrían una ayuda procedente de quienes jamás

podieron imaginar. O a lo mejor sí, y ese era su objetivo: las viejas élites que tanto decían odiar. Estas hicieron una lectura adecuada de la cuestión. Su objetivo era y había sido siempre prosperar a costa del ciudadano anquilosándose en su poder político y económico, y fomentando la apatía, la aceptación y el consumismo del conjunto de los ciudadanos para que, mientras tuvieran los estómagos llenos, un buen nivel de vida y una visión fundamentalmente lúdica de la vida y del mundo, no interfirieran demasiado en sus metas. Ahora todo parecía en peligro y había que actuar rápido. ¿Solución? Asimilar la *ideología del Buenismo*, ser partícipes activos de ella, en mayor o menor grado, según conviniera, y disciplinar en su acatamiento a la sociedad por medio de superponerla como verdad de verdades en el *Régimen de lo Políticamente Correcto*. Al hacer esto apostaron por el caballo ganador, debilitaron la energía revolucionaria en algunos casos de determinados movimientos, y se aseguraron su permanencia en el poder.

Cayeron además en otra cosa. A pesar de que la retórica y la propaganda pudiesen desviar la atención de lo evidente, sabían la verdad: su objetivo, en el fondo, era el mismo. Tan sólo que pertenecían a grupos y escalas diferentes que, lógicamente, debían estar enfrentados. Ambos perseguían y persiguen la desnaturalización de la persona individual y su disolución en el colectivo, para posteriormente encuadrar a los sometidos en el puesto que les corresponda dentro de la gran colmena al servicio del Poder. Lo persiguen los grupos anti-sistema y lo persiguen los grupos pro-sistema. Desde luego, nunca lo dirán abiertamente y cualquier sugerencia de ello será duramente replicada con toda la munición preparada al efecto. Muestra de ello es el progresivo recelo ante la única verdad que a todos les interesa suscribir y sobre la que es necesario pontificar para sobrevivir. No hacerlo implicará ser paulatinamente apartado y reducido a la impotencia, algo mortal para un ser social como es el ser humano.

Imperceptible pero invariablemente se consolida la peor

tiranía de todas: la Autocensura. No es necesario que las SS, la Stasi o el KGB nos encañone o nos someta a un interrogatorio agotador. Basta tan sólo con que se haya creado una conciencia social colectiva que discipline los patrones de pensamiento de un conjunto entregado al gregarismo para que el miedo a ‘no encajar’, a estar aislado o no ser aceptado en el seno del grupo, o simplemente a las represalias de quienes ejercen de censores cotidianos a pie de calle nos lleve a no decir lo que pensamos y lo que sentimos. Y lo que es aún más grave: a modificar nuestras convicciones más íntimas por la presión social y por la nueva *Inquisición inmaterial* que planea de forma omnímoda por nuestras vidas. Una vez conseguido esto, la armonía se hace efectiva y la sociedad liberticida puede ser llevada dócilmente al matadero. Porque es el convertir una ideología, da igual cuál, en una visión coherente asumida de forma oficialista por los poderes fácticos la clave para poder moldear la sociedad al antojo de quienes lo deseen. Y si estos poderes fácticos y no tan fácticos comparten intereses con quienes quieren aspirar a ocupar su lugar a medio-largo plazo, o incluso sólo a dictarles lo que tengan que hacer, no pasará mucho tiempo, suponen, hasta que sea el conjunto de la sociedad la que demande ir más lejos aún en la senda trazada.

Este impulso que trae una visión del ser humano determinada por la igualación hacia abajo y por el socavamiento de la recompensa y del valor del trabajo en pos de la disciplina comunitarista y -como la Historia y la realidad nos hacen verburocrática, es el escenario perfecto para que las élites y los aspirantes a élites puedan consolidar su poder y su hegemonía. Pues una vez convencida una sociedad para anularse a sí misma, el riesgo que el *cuestionamiento* genuino inherente a la libertad y al pensamiento crítico con toda seguridad trae para la dominación, se elimina. El *Buenismo* y las élites se hacen uno, haciendo realidad la utopía totalitaria. Esta vez por medios más refinados, más sofisticados, y más letales.

2

ORÍGENES**2.1. Atenas, Esparta y Roma**

Pero para entender esto mucho mejor debemos de abandonar -hasta retomarlo posteriormente- el contexto actual y retroceder en el tiempo. La ideología del *Buenismo* bebe de diversas fuentes pero se vertebra sobre un solo eje. No se trata de una mera 'tendencia', como desdeñosamente algunos de los que se oponen a ella se empecinan en señalar, quizás, para no asumir el auténtico peligro que encierra. Por el contrario, hunde sus raíces en las dos grandes visiones que han dado forma al mundo tal y como lo conocemos. La cultura grecolatina está presidida en toda su riqueza y variedad por dos civilizaciones principalmente: Grecia y Roma. Ambas no fueron nunca monolíticas. Al contrario, el dinamismo y el cambio fueron siempre una característica esencial, toda vez que el mundo civilizado tal y como lo conocemos se abría paso y los ingenieros del alma humana tenían ante sí un papel en blanco eterno para escribir sobre él. La primera de ellas, Grecia, estuvo lejos de ser un todo compacto. Cobijó bajo su amplio paraguas a su vez a dos civilizaciones cuyo espíritu ha marcado el devenir de la Historia hasta hoy y lo seguirá haciendo en el futuro. Tanto es así que estuvieron presentes en primera línea en el acontecimiento fundacional de la Historia Contemporánea: la Revolución Francesa.

Dejando aparte las características más particulares de cada una, Atenas y Esparta parten de una base diametralmente

opuesta. Protagonizan el gran conflicto apocalíptico irresoluto hasta el día de hoy. Atenas representa la *Libertad de los Modernos*, la *res privata*, la independencia personal, la vida privada, lo civil, el disfrute de los placeres individuales y la consecución de los objetivos y ambiciones personales. Esparta, por el contrario, representa la *Libertad de los Antiguos*, la *res publica*, la importancia de lo público sobre cualquier otra consideración, la disolución del individuo en el colectivo común y su valoración tan sólo en la medida se es parte de ese colectivo. No resulta extraño que ambas dieran origen a diferentes sistemas de organización social. Atenas ideó una fórmula que, aunque restrictiva (mujeres y esclavos estaba excluidos y constituían categorías aparte) fomentaba la participación del individuo en los asuntos públicos y la creación de un marco de libertad para que este pudiera desenvolverse libremente y perseguir sus fines sin menoscabar los de los demás. Esparta forjó un sistema organicista en el que cada persona ocupaba su lugar y era contemplado en función del mismo. El valor residía en lo que este pudiese aportar a su sociedad y para su defensa. Una comunidad disciplinada guiada por unos valores absolutos de los cuales no cabía posibilidad de sustraerse.

Roma, civilización helenizada tras las Guerras Macedónicas, se reclama como heredera de la cultura griega clásica. Mas no sólo lo es de la *refinada* Atenas, sino también de la *impetuosa* Esparta, que glorificaba la guerra y la consideraba algo noble. Dos almas que conviven también aquí y editan un nuevo capítulo en su eterna lucha, que se manifiesta en las etapas republicana e imperial respectivamente. Hay que dejar claro desde el principio que ni Atenas ni la República Romana eran *democracias* en el sentido que actualmente se le da hoy al término, caracterizado por las garantías jurídicas, la separación de poderes y el Estado de Derecho. Se trataba de sociedades profundamente desiguitarias en las que el acceso a la participación y a los altos cargos estaba determinado por el grupo al que se perteneciera o por la fortuna personal. Pero a

pesar de todo, tuvo lugar la eclosión de una cultura política y jurídica de respeto (dentro de los límites de la época) por el individuo y por el libre albedrío de este. La desnaturalización de la República y la transición hacia el Principado o Alto Imperio socavó el espíritu ateniense para profundizar en el espartano. Esta fórmula social acabó desembocando en el Dominado o Bajo Imperio que, unido a las influencias del colectivismo oriental en Roma y del Cristianismo, impusieron la noción de la separación entre el gobernante y el gobernado. De esta manera, el fundamento del poder no reside en el consentimiento del gobernado mismo o en la Asamblea, sino en legitimidades extraterrenas o de carácter sobrenatural, alejado de toda racionalidad. Esta visión de la *sociedad total* vino abonada por la adopción de la Religión Cristiana como ideología oficial, la alianza entre el Estado y la Iglesia y, finalmente, por la sumisión de aquél a esta.

El colectivismo espartano se unió a los colectivismos orientales y del cristianismo primitivo, creando un sistema y una forma de organización caracterizado por la jerarquía, la autoridad, la burocratización masiva, la alta presión fiscal, la intervención estatal sobre la vida de los ciudadanos, la eliminación de los derechos y libertades individuales, el encasillamiento y la reglamentación orgánica con el propósito de eliminar la conciencia individual. La lógica del Cristianismo primitivo casó bien con los precedentes orientales y espartanos, toda vez que el *sometimiento a la voluntad de Dios*, de la cual era intérprete una élite dogmática, poderosa y dictatorial, la negación del *yo* por el *otro*, la distribución de la riqueza, la austeridad y la negación de las pasiones del cuerpo y de los intereses individuales para conseguir una comunidad armónica, perfecta y disciplinada, constituyó el material predilecto para la nueva ideología de Estado. La racionalización posterior de todo este conjunto nutrirá las Monarquías Feudales de la Edad Media, las Monarquías Autoritarias y Absolutas de la Edad Moderna, el Estado Contemporáneo, las ideas comunitaristas-

totalitarias y, finalmente, la ideología del *Buenismo*, último avatar del espíritu de Esparta.

2.2. La Revolución Francesa

Si las revoluciones Inglesa y Americana están presididas por el espíritu ateniense, en el sentido de que se hacen para garantizar los derechos, la libertad y el libre albedrío, la francesa diferirá notablemente, al menos, en su segunda etapa, en 1792, con el ascenso de los Jacobinos al poder. Hasta ese momento, a grandes rasgos, el proceso revolucionario iniciado en 1789 se había caracterizado por la creación y la defensa de nuevas libertades, de nuevos derechos, aunque de forma latente figuraba un planteamiento colectivista que eclosionaría con toda su virulencia en las etapas siguientes. Además, también estaba presente un rasgo caracterizador de la revolución desde su mismo inicio: la *lógica de la eliminación del enemigo*, que más adelante mutaría en la *lógica del exterminio del enemigo*. La Revolución debía batir el peligro y para ello no iba a escatimar medios. Serán los Jacobinos, especialmente los Jacobinos Montañeses, liderados por Robespierre y Danton, los principales impulsores de esta lógica de exterminio, del combate violento legítimo contra los enemigos de la *idea*, incluyendo a los discrepantes, a los tibios y a los que, por su pertenencia a una categoría definida como ‘hostil’, tenían que ser ‘objetivamente’ eliminados, no porque fuesen culpables de algún delito según la ley, sino por ingeniería social.

Aunque perseguían destruir la estructura lógico-estatal del Antiguo Régimen, los valores de fondo que habían quedado configurados en estos sistemas no variaron. Cosa diferente en lo que respecta a sus manifestaciones. Existe una visión compacta de lo que es *bueno* y *malo*, de lo que es *correcto* e *incorrecto*, de lo que es *Justo* y lo que es *Injusto*. El espíritu espartano entra ahora en una nueva fase que es sistematizada y desarrollada por Jean-Jacques Rousseau en *El contrato social*. Para él el pecado capital a la hora de pensar en el Contrato Social es la aparición de la

Propiedad Privada. El Comercio, el lucro personal, es lo que pervierte la *bondad natural* del Hombre (donde ‘bondad’ equivale a la visión despersonalizada del individuo con la que finalizó la civilización romana), desfigurando al *buen salvaje*, que es virtuoso en su ‘estado de naturaleza’ sin estar contaminado por los intereses personales. La aparición de esta *conciencia individual* inclina al ser humano al egoísmo, al materialismo y, en suma, al vicio. Por ello, el Contrato Social que puede traer la sociedad perfecta reside en un ideal de libertad que no tiene absolutamente nada que ver con el disfrute personal, el libre albedrío o la autonomía de la voluntad. Al revés, el ideal de libertad para Rousseau es la negación del *yo* en pos de la afirmación del *común*. El ser humano no es libre cuando *se le deja hacer*, sino cuando renuncia a sus impulsos egoístas y asume como propia la voluntad del colectivo. El individuo tiene que renunciar a los elementos que le dotan e individualidad, disolverse en el colectivo, ser austero y negar las pasiones. El deber y la disciplina sustituyen así a la *libre disposición del yo*. Asumir como propia esa voluntad, que es a la vez unitaria y uniforme a partes iguales, es lo que implica ser libre. Por lo tanto, forzar al individuo a *ser colectivo* no es más que *obligarle a ser libre*.

Porque la *Voluntad General*, el nuevo Dogma de Fe, es siempre virtuosa, es siempre correcta. Este determinismo filosófico conduce a una conclusión clara: el que está en contra de la ‘voluntad general’, que en el fondo es la suya propia, está necesariamente equivocado. Esto es así dado que negar la voluntad general es negarse también a sí mismo y, por ende, no ser libre. El final de este razonamiento se vislumbra con facilidad: el que no ‘es’ parte de la voluntad general es un individuo que *no es libre* y que daña la libertad de los demás, del colectivo, por lo que debe ser purgado, expulsado, eliminado, extirpado de cuerpo social como si de un tumor se tratara. Hasta el punto de darle muerte si es necesario, puesto que ha cometido el mayor de los pecados, ha negado el dogma, ha

negado la libertad. Y como la voluntad general es siempre correcta, siempre virtuosa, hay que eliminar a aquellos que pueden llegar a corromperla. Y estaría bien, porque si 'es' voluntad general, todas las acciones que emanen de ella son, en sí mismas, buenas también. No existe, pues, una separación entre la Voluntad General siempre buena y las acciones que el ejercicio o la ejecución de esa voluntad general implican. Esta es la base, el tuétano, el nudo gordiano, del *Buenismo Criminal*. Y es la razón principal de *por qué es esencialmente criminal*, de que se acaben llevando a cabo efectivamente las muertes, los desplazamientos, los exilios, las purgas. Esta lógica es por sí misma criminal. No en vano tenía Rousseau en Esparta su modelo de sociedad ideal: una comunidad disciplinada entregada a la Voluntad General, perfecta y armoniosa, orgánica y organicista, donde cada cual ocupaba el lugar que le correspondía y *no existía espíritu de facción*, algo por otra parte anatema con respecto a su ideario de 'libertad' y a la Voluntad General, que es única y compacta. La discrepancia es y será siempre, por definición, mala. Un planteamiento, a fin de cuentas, anclado en la utopía de *res publica* de Platón, máximo exponente de la filosofía social de Esparta.

Si se observa con detenimiento, a salvo de la participación de los sujetos en los asuntos públicos y de la re-edición racionalizada del concepto, no se trata de un modelo muy diferente de la Roma Imperial o de las Monarquías medievales y modernas. Eliminando los componentes de arbitrariedad y de abuso que caracterizan estos sistemas, la *idea* de la sociedad y del mundo que subyace y que, en última instancia, les dota de coherencia, sigue siendo válida. Es por ello que los Jacobinos tratarán de implementar esta utopía a sangre y fuego empleando las enseñanzas de Rousseau como mapa de carreteras. Algo no muy diferente a lo que harían los bolcheviques en Rusia con Marx tras la Revolución de Octubre-Noviembre de 1917. Como repitieron vez tras vez los Jacobinos, y Robespierre en particular, había que exterminar a todos los que están en contra

del ‘Pueblo’, de la ‘Humanidad’, de la ‘Voluntad General’, siempre virtuosa. Virtud y Terror son sinónimos, no tan sólo equivalentes. El Terror revolucionario francés se convierte así en un Genocidio, no por las cifras, sino por la *naturaleza* de las muertes, por la *vocación de exterminio* de los planes jacobinos para instaurar, en sus propias palabras, un *gobierno moral*.

2.3. Del Socialismo al Comunismo

Las ‘tareas pendientes’ que habían quedado tras la Revolución Francesa fueron recogidas por una nueva ideología que nació para implementar, de una vez y para siempre, la visión roussoniana de la sociedad y del ser humano. Lo que los Jacobinos no pudieron conseguir lo harán ahora otros. La expresión más acabada de este pensamiento se concreta en el Socialismo Científico o Marxismo, una ideología que envuelve el determinismo naturalista con el papel de regalo del determinismo positivista. Su máxima aspiración, como la de Esparta, como la de Platón, como la de Rousseau y como la de los Jacobinos, es la implantación de una *sociedad final*, donde el *individuo total* se desenvuelva en un contexto de *consenso común definitivo*, erradicada la *esclavitud del interés*. En plena época de repliegue de la utopía mística cristiana, se hace necesario una nueva, que conserve lo esencial del pensamiento ‘bueno’ y que se disponga a llevarlo a la práctica. Si el Dogma de Fe religioso ya no es útil, debe ser sustituido por un dogma nuevo: la Razón. Como el anterior, es único e incuestionable. Y si la Voluntad General es *la razón* y las leyes científicas, basadas en *la razón*, demuestran que el socialismo conducirá al estado definitivo de la humanidad -el Comunismo-, negar esto es negar la verdad absoluta.

Igual con las ideologías reaccionarias que se abren paso al mismo tiempo, sólo que estas enfocan la cuestión desde el dogma religioso, moral y, a veces, nacionalista. Pero por encima de las diferencias de superficie, el planteamiento es el mismo entre ambos extremos: negar la individualidad para elevar al

colectivo abstracto e inmaterial a la posición más alta y de legitimidad exclusiva. En sus proyectos de sociedades controladas y sin antagonismos *de clase* o de cualquier otro tipo, asumir que puedan existir opiniones igualmente válidas aunque diferentes y personas que las sostengan y distribuyan, no entra dentro de su cosmovisión. No pueden hacerlo para una concepción edificada sobre la certeza de la ‘verdad única’, cualquiera que sea el nombre que en cualquier manifestación ideológica se opte por darle. Las bases del ideario socialista, sean cuales sean sus variantes, se mantienen incólumes en el Socialismo Científico. El colectivismo alcanza su grado máximo al conceptualizar la Historia y la Vida como una lucha dialéctica ente clases, y optando por una de ellas como vanguardia futura de la humanidad: el Proletariado. Tanto es así que el Proletariado ‘es’ como categoría, con una misión histórica que cumplir, independientemente de lo que personalmente piense cada proletario. Los individuos no significan nada y el plano de la realidad se traslada a los conceptos generales abstractos, lo mismo que con la ‘voluntad general’, de manera que el obrero que no lo acepta o no es obrero, o no es un bueno obrero o vive engañado. Al ser el Socialismo una ciencia -según ellos- la discrepancia es ‘antinatural’, tan sólo debida a la ignorancia, a la manipulación o a la malicia, toda vez que las leyes de la historia son las que son y no pueden ser negadas. Otra encarnación del Dogma de Fe.

La noción misma de Derechos Humanos es rechazada por Marx en *Sobre la cuestión judía*. Estos derechos son un concepto burgués, unos derechos para el hombre egoísta que lo aíslan del colectivo, de los demás hombres. La libertad no es hacer lo que uno quiera, sino que, como en Rousseau, es la disolución en el colectivo, la despersonalización en la negación de ese ‘yo’. La libertad individual es el Derecho a la Propiedad Privada, que crea desigualdad en base a la libre disposición. Eliminar esa libre disposición y la capacidad de acumulación que haga a una persona distinta de otra es la libertad real, la libertad socialista,

aquella que se alcanza cuando adviene la sociedad comunista en la que, al haberse eliminado los intereses individuales egoístas, no es necesario el Estado, que sólo puede existir como *dominación de clase*. Cuando individuo y comunidad se hacen uno, se fusionan, se funden, nace el *Individuo Total*, el *Ser-especie*, el *Ser-colectivo*, reconciliado con todo y con todos, libre de miserias, puro, devuelto al 'Estado de naturaleza'. En otras palabras, el *buen salvaje*.

¿Cómo conseguir esto? No hay que llevarse a engaño: mediante la revolución violenta. La vanguardia de las masas, los revolucionarios expertos, deberán guiar al Proletariado en su misión histórica siguiendo unas leyes que ellos conocen a la perfección y de la que son ejecutores. La violación despótica de la Propiedad, del Derecho, de la Libertad, es el requisito indispensable, porque el Estado es tan sólo una forma de dominación de clase. Por eso, el Estado Socialista no puede ser jamás democrático ni libre, porque sólo existirá para someter por la violencia a los adversarios y a las otras clases. Este 'Estado instrumental' es la Dictadura del Proletariado como clase, en cuya cúspide se sitúan los revolucionarios que han guiado Proletariado hacia el Socialismo, y que deben de guiarlo ahora hacia el Comunismo, la etapa final. Todo, absolutamente todo, debe estar supeditado a la construcción del Socialismo. Incluidas las personas. Por eso no puede lograrse nada si no se emplea un Terrorismo sin piedad contra el enemigo, porque la Revolución no admite condiciones: o se está con la revolución o contra la revolución. Esta violencia desatada debe provocar el exterminio y la eliminación de clases enteras y de pueblos enteros reaccionarios, especialmente de aquellos que no son todavía capitalistas y que, al estar atrasados en la lucha histórica, constituyen una rémora para el progreso de la Humanidad que debe ser aniquilada.

El genocidio, como en el caso de Rousseau y de los Jacobinos, está explícito en la cosmovisión de Marx y de Engels. No se trató, como intentan dar a entender quienes suscriben sus

postulados, de una desviación o error en la práctica. La práctica fue fiel en todo momento a la teoría, y sólo readaptó conceptos en función de la coyuntura y del contexto, pero jamás renunció al fondo. Lenin, como Robespierre, al igual que Trotsky o Stalin, nunca se cansó de decir que al Terror de masas constituía la base de la lucha de clases. La guerra civil debe ser provocada para tomar el poder y eliminar a los enemigos de clase. Y esta guerra civil debe convertirse en una *guerra mundial de aniquilación de clases enteras*, en coherencia con los postulados marxistas. Así, la Democracia Totalitaria jacobina se reformula para convertirse en la Dictadura Totalitaria de los bolcheviques. Si el Totalitarismo es la disolución del individuo en la colectividad, la negación de la libertad individual y de las pasiones personales, para ser parte de una sociedad encuadrada y planificada, donde el colectivo engulle todo lo demás; la diferencia entre Democracia Totalitaria y Dictadura Totalitaria es inexistente, existan o no procesos electorales. Es en este punto cuando sólo cabe considerar como ‘Democracia’ el sistema político, jurídico y social que persigue la máxima libertad individual, la adecuada provisión de derechos sociales y la igualdad jurídica con sus adecuadas garantías.

El *Buenismo Criminal* entra ahora en una nueva etapa de la mano de la Era Industrial. La ingeniería social que dejaron inconclusa los revolucionarios franceses la completarán ahora los revolucionarios rusos, que no son solamente rusos, sino de todos los países explotados. El exterminio en masa será la seña de identidad del *Terror Rojo*, como señalará duramente Félix Dzerzhinski, primer director de la CHEKÁ, la policía política del régimen comunista bolchevique dedicada a la aniquilación de clases, y que servirá de modelo para el resto de policías políticas secretas de los demás regímenes comunistas y de otros regímenes socialistas, como la GESTAPO nacional-socialista. Está claro a estas alturas que para forjar el nuevo mundo hay que disponer de los ríos de sangre inevitables en un parto doloroso. La ‘bondad criminal’ de los nuevos ingenieros sociales

les permitió llevar a cabo sus crímenes impunemente para sus conciencias. Al consagrar su vida a una idea que repudiaba a las personas individuales, estas no eran más que material desechable para el científico social. ¿Qué más daban unos millones aquí o allá si el resultado era el paraíso? Sólo que el paraíso era tal según ellos.

Una muestra palpable de sus herencias estriba en la secularización del mito cristiano, sólo que lo que en la religión cristiana se presenta como una alegoría que no hay que tomarse al pie de la letra, para los comunistas se convierte en ley de leyes. La metáfora apocalíptica de las dos vidas. En la religión cristiana, es preciso pasar por un mundo lleno de dolor y miseria como prueba para la salvación eterna. Cuando llegue el día del Juicio Final, los impuros serán castigados y los puros alcanzarán la salvación. Esta metáfora es readaptada a la literalidad por los comunistas: es necesario pasar por una época dura, la Dictadura del Proletariado, como prueba a la que se somete a la sociedad para la llegada de la sociedad sin clases, el Comunismo; el apocalipsis revolucionario implica que los grupos enemigos serán exterminados y aquellos que han alcanzado el grado de conciencia socialista adecuado o que sencillamente pertenecen a la clase ganadora en la lógica dialéctica, habrán alcanzado así el *Paraíso Terrenal*. En este mundo despersonalizado, el egoísmo, el individualismo y la propiedad privada han sido erradicados y, con ello, el incentivo. Al no existir ya conciencia individual, sólo conciencia colectiva, las personas existirán, trabajarán y vivirán por y para la comunidad, sin esperar nada más. El error de base está en negar al ser humano tal cual es, y esperar que se desembarace de todo aquello que le hace precisamente eso mismo, humano, y que pueda vivir, por consiguiente, sin humanidad. Arrebatarle al ser humano su esencia es algo que ni los mismos artífices de este planteamiento consiguieron nunca, ni siquiera para ellos mismos, y cuyo intento sólo pudo ser puesto en marcha por medio de las tiranías más espeluznantes que ha conocido la

humanidad.

2.4. Del Comunismo al Nacional-socialismo

El *Buenismo Criminal* no se mantuvo sólo dentro de los contornos del régimen bolchevique y de su teoría política. Una variante del socialismo y, por ello, del espíritu espartano, eclosionó en Alemania bajo la ideología del Nacional-socialismo y en Italia con el Fascismo. Ambos fueron planteamientos heterodoxos que recogieron numerosas influencias pero que, a grandes rasgos, fusionaron Socialismo con Nacionalismo. La nueva utopía socialista revolucionaria exigía ser nacional y no internacional, aunque la vocación de expansión mundial fuese un rasgo más o menos fuerte dentro de los respectivos planteamientos. Pese a que el Fascismo se desnaturalizó en su praxis, especialmente debido a su transacción con las élites conservadoras y al repliegue en su praxis revolucionaria -que, en muchos casos, no pasó de la mera retórica- el Nacional-socialismo sí supuso una auténtica innovación ideológica que dotaba de una nueva cara al *Buenismo*, eso sí, extremadamente similar al Comunismo. Efectivamente, la utopía será alcanzada por medio de la dirección de unos revolucionarios profesionales para instaurar un Estado comunitarista y organicista, canal de realización de una sociedad donde el individuo se disolviese en el colectivo de la comunidad fraternal con una voluntad única, la *Volksgemeinschaft*.

El antagonismo de clase no sería superado sólo por la eliminación de los representantes de esos grupos, sino que la 'clase' en sí era un concepto que debía concretarse en la 'raza'. Las razas son clases, y la lucha de clases es la lucha de razas. Las razas superiores, como las clases superiores, se impondrán en la nueva versión de la dialéctica hegeliana. El antisemitismo hitleriano es antes anti-capitalista que racista. 'Raza' no es más que una noción generalista empleada por economía léxica, como él mismo reconocerá. El Nacional-socialismo recupera del socialismo y, particularmente, del marxismo, aquello que es

válido, despojado el dogma hebreo-talmúdico, señala el propio Hitler. El ‘Genocidio de raza’ se basa en el ‘Genocidio de clase’, de la misma forma que la GESTAPO se basa en la CHEKÁ. El Judaísmo creó la *esclavitud del interés*. El interés individual, el egoísmo y el capitalismo, junto con las finanzas internacionales, son creaciones judías. Erradicando el ‘espíritu judío’, la ‘ideología judía’, todos los demás males desaparecerán. Será entonces cuando pueda llegar el verdadero socialismo, el *Paraíso Terrenal*, pero no para los demás pueblos del mundo, sino para el pueblo alemán, el más avanzado, el superior.

El objetivo del Comunismo y del Nacional-socialismo, ambos variantes de la ideología global del Socialismo en cuyos puntos básicos no discrepan, es exactamente el mismo. Eliminar al individuo como realidad social y material para acabar así con los instintos egoístas que producen el *mal* en el mundo. Sólo así podrá llegarse al advenimiento de la *sociedad final* en la que la armonía comunitaria sea una realidad. Para ello, como en los demás casos, es necesario pasar por un período desagradable de violencia y represión. Hay que forzar a las personas a ser lo que la cosmovisión oficial dicta que hay que ser, y los grupos que ‘objetivamente’ no son compatibles con ella deben ser erradicados de la faz de la tierra por *lo que son*, es decir, por su categoría, independientemente de si han violado o no las leyes de la nueva sociedad, si estas existieren. Más bien, su misma existencia viola la visión del mundo en sí. Y, como en el caso de la Revolución Rusa, la Era Industrial abrió nuevas posibilidades. El régimen soviético había matado a millones de personas por hambre y por otros medios. Negar el alimento, como se puso monstruosamente de manifiesto durante el *Holodomor* ucraniano, podía ser una forma eficaz y eficiente de matar a muchas personas en poco tiempo. Esta lógica criminal tomó forma para los nacional-socialistas en lo que se conoció como *Generalplan Ost*, Plan General del Este, que implicaba el exterminio, el desplazamiento y/o la esclavitud de millones de personas en Europa del Este de origen eslavo para dejar paso a la

colonización alemana. La matriz de este plan residía en la creación de hambrunas artificiales, como las llevadas a cabo por la comunistas, para eliminar físicamente al número suficiente de seres humanos que -según la ideología totalitaria- debían de ser eso mismo, exterminados. Rasgo curioso de todo esto es que los planificadores alemanes señalaron que las Granjas Colectivas soviéticas debían ser mantenidas y utilizadas para lo mismo para lo que habían sido concebidas: matar de hambre; y que, de no haber existido previamente, habría que haberlas implantado para acometer esta función.

Ambas visiones del Socialismo, Comunismo y Nacional-socialismo, elevaron su utopía milenarista hasta el punto en que parecía posible instaurar en la Tierra el *Reino de la Paz*, que duraría 'mil años'. La 'opción moral' de la cosmovisión lleva implícita la criminalidad en la esencia misma de la causa. Si esta es disolver a los individuos en la colectividad, quiere decir que los seres humanos singularmente considerados no valen nada. Si lo que se persigue es una utopía abstracta, caracterizada por teorías y reflexiones, y no por la realidad de la vida misma, quiere decir que todo lo *real* puede y debe supeditarse a lo *fantástico*. La fantasía envuelve al hombre y se convierte, en su mente, en algo más real que lo verdaderamente real. Y como la fantasía es científicamente correcta, la unión entre el positivismo científico y la superioridad moral permite que los revolucionarios (jacobinos, comunistas, nacional-socialistas) puedan matar a millones y millones, edificar las tiranías más brutales, sin perseguir conscientemente objetivos criminales.

Esto es lo importante. Sólo pueden perseguirse conscientemente objetivos criminales si previamente se ha asumido como válido un sistema de valores que criminalice esos comportamientos, aunque se produzcan. El que mata o viola los derechos sabe que hace *mal*, aunque lo haga. Diferente es el que no ha asumido este sistema de valores y cuando mata o viola derechos no entiende que hace mal, o peor, entiende que hace *bien*. Está bien matar aquellos que la *idea buena* contempla que

tienen que ser asesinados por el bien de toda la Humanidad. Este pensamiento sólo puede ser posible cuando el esquema psicológico-mental se ensambla de la siguiente manera: el ser humano es *malo* aunque originariamente sea *bueno* a causa de que determinadas categorías también de seres humanos les hagan ser *malos*. Por consiguiente, es *bueno* matar o esclavizar a los *malos* para que no hagan *malo* a nadie más. Y porque esta lógica es *bueno*, oponerse a ella es *malo*.

No debe ser un secreto para nadie que, frente a la propaganda que identifica como cosas diametralmente opuestas ambas ideologías, la realidad es que ambas persiguen exactamente lo mismo, pues pertenecen a una ideología global, el Socialismo, que no persigue el reparto de la riqueza sino la destrucción de la individualidad de las personas, y que a su vez se inserta dentro del *mito espartano* del individuo sólo contemplado en cuanto a su pertenencia a la *comunidad*, principio y fin de todo en la vida.

2.5. Del Holocausto a la Burocratización

Después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo entró en una nueva era. El asesinato en masa, aunque no el *asesinato del enemigo* y el sometimiento del resto, dejaría paulatinamente paso -en Europa- a la instauración de Estados burocratizados que racionalizarían e impondrían el poder de la nueva élite invicta que se había manchado las manos de sangre por la ‘salvación de la vida humana’. Aunque la visión socialista seguiría exterminando en otras partes del mundo como África, América latina y, especialmente, Asia, donde destacaría el genocidio acometido por los Jémeros Rojos en Camboya, la dinastía criminal de los Kim en Corea del Norte y, particularmente, las campañas asesinas orquestadas por Mao Zedong y los comunistas chinos, que tienen el lamentable honor de ser la mayor máquina exterminadora que ha visto el mundo tanto cuantitativa como cualitativamente.

Pero, una vez superado el Apocalipsis revolucionario, ¿qué?

Los países de Europa del Este bajo la esfera de influencia soviética, la misma URSS en sus momentos finales enrarecida con el ‘estancamiento’ brezhneviano o países como China, Cuba o Corea del Norte en la actualidad, son un espejo predilecto para constatar empíricamente a qué conduce esta mentalidad. Quebrada ya la pasión revolucionaria, la ideología única de naturaleza determinista que perseguía la eliminación de la individualidad mostraba ahora que ese supuesto *Paraíso Terrenal* era terrenal, en efecto, pero no tenía nada de paraíso.

Primero: porque la negación del ‘yo’ no podía conseguirse sin una tiranía y recurso al miedo continuos. Segundo: porque -pese a todo- los seres humanos seguían manteniendo sus pasiones e intereses individuales, por mucha propaganda y policía secreta que tratara de combatirlo. Tercero: porque la carencia de incentivos vitales en una cosmovisión que los castigaba generaba corrupción, abulia, desgana, depresión y, en definitiva, falta de motivación real para el esfuerzo y el trabajo. Cuarto: porque la élite gobernante que había de encargarse de generar las condiciones y ejecutar los actos para la materialización del paraíso, al encontrarse de bruces con la realidad de que dicho paraíso no llegaría jamás, optaba por agarrarse más si cabe a un poder sin límites con la aquiescencia o sometimiento de la población desgastada. Quinto: porque en una sociedad *total*, controlada en prácticamente todos los aspectos, la presencia asfixiante de una hiperburocracia lastraba crónicamente el funcionamiento de la sociedad misma. Sexto: porque en un sistema controlado y planificado rígidamente, la iniciativa, la imaginación y la creatividad fueron sustituidos por los objetivos previamente trazados por una élite improductiva y sin ideas. Séptimo: porque todo esto generaba escasez de bienes de primera necesidad, tecnología anticuada, desabastecimiento, bajo nivel de vida e incapacidad para progresar, asimilar e incluso abandonar los adelantos sociales y científicos. Erich Honecker, líder de la República Democrática Alemana (RDA, la dictadura comunista de Alemania del Este durante la Guerra

Fría) lo definió bien al enunciarlo como '*el socialismo realmente existente*'. Esto es, el socialismo de verdad, la realidad, no otra cosa.

La Historia demostró y sigue demostrando, por mucho que los *milenaristas espartanos* se empeñen en negarlo y fichen a jóvenes idealistas que aún no han aprendido la lección para ocultarlo, que la ideología colectivista de negación del *Yo*, sea cual sea su manifestación práctica, conlleva siempre la misma consecuencia: asesinatos, tiranía, pobreza, sufrimiento, miseria, desesperación, mediocridad y, a fin de cuentas, fracaso. Por mucho que lo combatieran sus prestidigitadores, en su seno se ha abierto siempre un impulso para deshacerse de esa visión una vez que esta se implementaba. Es algo consustancial al ser humano, puesto que condición de la humanidad más básica es perseguir la libertad y la autonomía, aunque en determinadas coyunturas los enemigos de esa libertad se hagan pasar por sus defensores, la conceptualicen según las visiones roussonianas y convenzan a una mayoría de que la *libertad genuina* es la renuncia a la individualidad. Los hechos están ahí para quien los quiera comprobar. Duros. Fríos. Crueles. Incontrovertibles. Indefendibles.

3

LA NUEVA RELIGIÓN

3.1. Fanatismo

Volvamos al presente de nuevo. Toca ahora analizar los elementos caracterizadores la *ideología buenista*, una vez analizados ya tanto sus orígenes como sus expresiones más dolorosas. En el siglo XXI, la nueva ideología global se materializa como una nueva Religión. De hecho, como *La Religión*, por antonomasia. Aunque muchos de los que militen en la nueva ideología aborrezcan la religión, lo cierto es que en sus comportamientos son a menudo más religiosos que los de los propios religiosos, superando con mucho la creencia sana en cualquier religión que se tercie para saltar al fanatismo más histérico que no atiende a argumentos racionales de ninguna clase. Es obvio que uno de los elementos caracterizadores del *Buenismo*, y uno de los que más acentuadamente lo hace criminal, es el Fanatismo. Y el fanatismo no es otra cosa que la creencia irracional en algo exacerbada por el hipersentimentalismo -que no tiene nada que ver con el sentimiento natural humano- hasta el punto de negar la condición de 'humano' al que no comparta los postulados. Una ligazón psicológica en este caso simple: mi pensamiento se preocupa por los seres humanos más que ninguno, por ello, el que no opine igual que yo es que no quiere lo mejor para las personas, lo que significa que quiere lo malo, lo que significa que es un ser despreciable, lo que significa que no es, a fin de cuentas, humano.

Como se trata de un pensamiento basado en todo lo que se

ha comentado con anterioridad, el Dogma religioso no puede admitir que puedan existir opiniones discrepantes, que nunca son verdaderas y que, además, son perniciosas. No valen para ello argumentos racionales. La racionalidad debe adaptarse al dogma o morir. Y, ante la insistencia en el argumento racional, la oposición violenta a ello se exacerbará hasta el estallido, con sus fatídicas consecuencias. El dogma no puede responder al argumento racional porque tendría que enfrentarse así a sus propias contradicciones y entonces desmoronarse. Por ello tiene que negar sistemáticamente como gato acorralado las premisas de cualquier razonamiento racional y reforzar así su *autoridad moral* sobre sus súbditos. Estos 'súbditos' son tales porque no pueden ni quieren asumir su responsabilidad por su propio pensamiento ni por la conducción de su vida, intelectualmente hablando. El dogma piensa y ejercita la 'razón' por ellos y no tienen que preocuparse de nada más, tan sólo de ahondar más en el fanatismo religioso para despersonalizarse por completo y alcanzar la armonía con los demás.

No es casualidad que todos los elementos caracterizadores de la ideología del *Buenismo* se basen en la dualidad maniquea de los opuestos: negro/blanco (el ying y el yang taoísta), bueno/malo, Dr Jekyll/Mr. Hyde. Esa dualidad ahorra el razonamiento mismo al simplificar la realidad como la lucha -dialéctica, de nuevo- entre los opuestos. Una lógica fácil de entender y de asumir que elimina con facilidad las complejidades que pueden corromper una buena propaganda y poner en cuestión una buena visión del mundo. Por eso la visión puede ser impuesta con facilidad por quienes asumen la tarea de hacerlo. Porque si es tan simple que es obvio, no es necesario profundizar más en algo que se presenta claro y diáfano. Si lo bueno es *bueno*, ¿cómo puede negarse nadie a aceptarlo? Sólo se niegan los que son malos. Y los que son malos no merecen el espacio que ocupan. Y si la Humanidad es, en esencia, *bueno*, los que no son buenos, son *malos*, y, en consecuencia, *no son humanos*.

La infantilización y la inmadurez son rasgos también que

dotan de coherencia a esta visión, toda vez que se renuncia a esa complejidad de razonamiento y pensamiento para entregarse a nociones que no requieren ser explicadas racionalmente para ser defendidas o para estar vigentes. Y, como en cualquier otra religión, el *Buenismo* y todas las manifestaciones *ideológicas* en las que se concreta son dados a la liturgia política, al ensalzamiento de los líderes, a la adoración idólatra, la confección de textos ‘sagrados’ y al otorgamiento de veracidad incuestionable a los pilares básicos sobre los que se asienta, que son defendidos mediante la *Fe*. El sentimiento metafísico se convierte en un material que envuelve a todos y a todo, con lo cual la toma de decisiones o de posicionamientos que no se ciñan a ello es imposible. La pluralidad democrática, sencillamente, no tiene lugar, aunque estos fanáticos, en su inteligencia, traten desesperadamente de revestir sus argumentos con una racionalidad expositiva y peleen denodadamente por disputar el símbolo, la alegoría y el significante vacío del progreso, la democracia, la libertad y los derechos sociales a sus adversarios, que para ellos no son tales, sino *enemigos*.

Lo que se produce es una secularización del fanatismo religioso, que adopta otras formas pero respeta al fondo. Esta es una de las razones por las que los *buenistas* tienen tanta complacencia, se identifican, apoyan o al menos relativizan el fanatismo religioso, porque saben que en su fuero interno late el mismo fuego.

3.2. Inquisición

En sus orígenes, la Inquisición supuso un elemento modernizador en el proceso de las organizaciones sociales feudales que llevó a la carrera hacia el Estado-Nación contemporáneo. La Inquisición Hispánica, dejando aparte la leyenda negra que siempre la ha rodeado, fue una institución de carácter religioso pero de organización secular, puesto que dependía del Rey. Estaba basada en las inquisiciones primigenias papales que nacieron con el propósito de perseguir a los herejes.

El *hereje* era aquél que no aceptaba el dogma religioso. Hereje es equivalente a *discrepante*. Al principio, no se trataba de la lucha contra un enemigo de carácter político o social, sino *espiritual*. Es posteriormente cuando las Inquisiciones, tanto Católicas como Protestantes, se convierten en órganos racionalizados e incluidos dentro del organigrama del *Estado* y *funden* al enemigo espiritual con el enemigo político y social. Sin ir más lejos, la Inquisición Hispánica persiguió a los judíos en un contexto de anti-semitismo cultural. Cuando se les expulsó en 1492 de España, la Inquisición fijó su atención en los conversos, en busca del desenmascaramiento del ‘falso converso’, el enemigo interior que, aunque se vista con los ropajes de lo socialmente aceptado, en el fondo trabaja para la ruina del Dogma.

El enemigo es ahora espiritual y político, y su eliminación algo imprescindible para mantener compacta y sin fisuras la *idea*. Ya hemos visto la trampa psicológica que esconde este razonamiento. De nuevo, al asumir la *bondad intrínseca* del pensamiento fundacional, todo lo que se derive de ello (ejecuciones, torturas, persecución, robo...) es también *bueno*. El objetivo es la uniformidad de pensamiento y de actuación, y como el individuo no vale nada o vale poco, es perfectamente aceptable desde un punto de vista moral o ético inmiscuirse en su vida privada para vigilar, controlar, disciplinar y dirigir lo que se hace y lo que se piensa. Efectivamente, lo que se piensa, porque no se criminalizan las acciones constatables sino los pensamientos, que es lo que más daño hace. Por eso, el ‘castigo preventivo’ es más importante aún que el castigo que puede tener lugar una vez que se ha hecho el daño. Este *daño* no se produce tan sólo cuando se lleva a cabo una *acción* determinada, sino por la mera existencia de estas personas o de estas categorías. Por eso, como su misma existencia es inaceptable, estas categorías *como tales* deben ser eliminadas. ¿Flashback? No. Es exactamente lo mismo que sucede con los Jacobinos, con los Comunistas, con los Nacional-socialistas y con todas las policías secretas de estos regímenes. El Comité de Salud Pública

revolucionario francés y los Juicios-Espectáculo de Stalin no son más que re-ediciones más brutales aún del Santo Oficio. No en vano, los manuales de tortura de la policía soviética estaban basados en las prácticas inquisitoriales.

La evolución de los tiempos conlleva también una metamorfosis de las formas, pero en modo alguno del fondo. Los fines siguen siendo los mismos. Como se ha expuesto anteriormente, los poderes fácticos y viejas élites han ido asimilando progresivamente los postulados de la *ideología buenista* hasta el punto de hacerlos suyos para mantenerse en el Poder y expandirlo, al haber hecho la lectura correcta y darse cuenta de que los objetivos de control, uniformidad y sometimiento de la individualidad son compartidos por ellos con los adalides de la ‘nueva’ ideología. Las cámaras de tortura y los fusilamientos en masa son sustituidos ahora por la hegemonía cultural y del discurso. Si son las élites, que controlan las palancas del poder político, económico y los medios de comunicación sometidos - con honrosa excepción de los que no- las que ahora se encargan de imponer socialmente esta ideología, las oportunidades de progreso social dependen en gran medida de su aceptación. De esta manera, hay que *asumir* esta *ideología buenista* para no quedar socialmente aislado o algo peor. La censura se impone no sólo en la expresión pública o en la comunicación institucional -lo que por otra parte dada su naturaleza es lógico- sino que se imprime la figura de los ‘censores cotidianos’, dictadores a pie de calle que señalan e increpan a aquellos que no piensan igual, exponiéndolos al ridículo y a la humillación.

La pretensión de *universalidad* del dogma convierte automáticamente en *extraño al cuerpo social* al que se separe de él, e incluso al que se atreva a señalar las fallas del planteamiento o trate de analizarlo críticamente. Se trata de una actitud psicológica de fácil arraigo, entre otras cosas, por el uso distorsionado que se ha dado de la Educación Pública, que debería estar al servicio de la formación de buenos ciudadanos, honrados y decentes, y que por el contrario se ha convertido en

una agencia de propaganda de los partidos políticos, que compiten en sus respectivos feudos por ser los máximos exponentes de la ideología. Por supuesto, nunca dándolo a entender como tal y siempre declarando formar en los valores de la ‘democracia’. Con las fórmulas actuales, la capacidad de control ha extendido sus horizontes hasta límites insospechados y jamás soñados por aquellos que aspiraban a controlarlo todo. Todo un caramelo para las ideologías con aspiraciones *totales*, que encuentran en estos canales un instrumento privilegiado para hacer realidad sus metas últimas. La lucha por la *hegemonía del discurso* convierte en norma lo que puede y debe ser tan sólo una opción más entre muchas de concebir la vida y de analizar el mundo.

En consecuencia, inteligentemente el *Buenismo* ha buscado la ligazón con nociones que son válidas para todos, tales como la Democracia, los Derechos Humanos Universales, la Igualdad para la Mujer o el Medio Ambiente. Estos elementos son prioridades que todo ordenamiento democrático debe tener. No hay duda. Los *buenistas* lo saben. ¿Solución? *Ligar estas causas globales a su propia ideología*. Medios, propaganda, asociaciones, grupos, gobiernos e incluso grandes millonarios están a su servicio. El *Buenismo* se apropia de ‘lo’ que son los Derechos Humanos, de ‘qué’ es su defensa, de ‘cómo’ debe hacerse y de ‘cuáles’ han de ser los resultados. Lo mismo sucede con lo demás (mujeres, medio ambiente, etc). Establecida esta unión, criticar la *ideología buenista* no se convierte en una mera crítica a un punto de vista, sino de una puesta en cuestión del *todo* que dignifica a la humanidad. Es decir, criticar la *ideología buenista* es criticar los Derechos Humanos; negar la visión colectivista de la Democracia Totalitaria del *Buenismo* es negar la Democracia en sí; no aceptar el modelo de feminismo radical discriminatorio del *Buenismo* y su ideal planificado de mujer ‘apta’ es no ser feminista y no estar de acuerdo con la igualdad de sexo y de género; no ver viable los modelo de economía gregaria falsamente sostenible de los *buenistas* es estar a favor de la

contaminación y entorpecer la lucha contra el cambio climático y la preservación de la naturaleza. Y así.

Este es el engranaje ideológico de la nueva inquisición, que controla las administraciones, los gobiernos y los grandes imperios mediáticos. El bombardeo continuo en todas partes y en todo momento persigue crear en el ciudadano de a pie una sensación pegajosa de pequeñez y reducirlo a la impotencia, paso previo para constreñirle a asumir el dogma colectivo para poder convivir en paz, ser feliz y desempeñarse con eficacia en el rol que la sociedad le ha asignado. El miedo a la soledad y al aislamiento es tan poderoso en la era de la comunicación, que, a la larga, la mayoría de las personas aceptarán los dogmas que se diseñen para ellos con tal de poder disfrutar de la vida. El precio de no hacerlo, de no someterse, es algo similar a lo que la Stasi - la policía política secreta del régimen comunista de Alemania Oriental, la República Democrática Alemana (RDA)- empleaba para mantener su control orwelliano sobre la población. Frente a la tortura o la ejecución, el brazo ejecutor de la dictadura de partido único diseñó un sistema perverso de desgaste psicológico y sometimiento. El *Zersetzung*, la ‘desintegración’ o ‘aniquilación’ del individuo implicaba, lisa y llanamente, apretarles las clavijas en su vida privada y cotidiana para llevarlo a la desesperación, a la impotencia y, finalmente, a la tan esperada disolución de la persona en el maremágnum gris de la uniformidad colectiva. Los métodos eran variados: su esposa o su marido le abandonaba, era despedido de su trabajo, expulsado de su casa, se le negaban las oportunidades de promoción social o las salidas profesionales, sus amigos la daban de lado, su contexto inmediato se volvía hostil o, peor aún, indiferente... Sin saber por qué o por quién, el individuo veía cómo las desgracias venían todas juntas sin tener capacidad para resolver los problemas ni poder explicarse las causas de los mismos. No era extraño que, ante la falta de alternativas, la víctima de la ‘desintegración’ acabara suicidándose o con daños psicológicos irreparables.

Sea un procedimiento centralizado o no, deliberado o no, parecido es el caso de las personas que no *casan* con la ideología del pensamiento único. Una significación más allá de lo permitido puede acarrear serios problemas a los protagonistas de la osadía. Puede que el *riesgo reputacional* de la empresa donde trabaja conlleve a que lo despidan (ya se las ingeniarán para buscar los recovecos legales). Puede que su pareja no soporte más el acoso si es un personaje público o la incomodidad con familia, amigos o compañeros de trabajo y opte por cortar la relación. Puede que no interese que alguien explícito en sus opiniones políticamente incorrectas escale puestos o acabe siendo una cara de referencia en una institución pública, en una gran cadena, en una entidad financiera o en un medio de comunicación. Puede que a alguien peligroso para quienes tienen las palancas del poder haya que hurgarle en la basura hasta encontrar algo mínimamente comprometedor capaz de generar histeria social y condenarle a la *muerte social*. Pueden ser muchas cosas. Tantas como imaginemos y algunas otras que no. Pero, en definitiva, no muy alejado de los métodos empleados y de los efectos perseguidos por la Stasi en nuestro ejemplo y por otros servicios secretos.

Ante esto hay quienes se resignan y vuelven al redil, quienes quedan irremediabilmente marcados y quienes luchan contra ello. Al margen del enfoque que pueda tomar cualquiera, la realidad está ahí fuera y así es como se impone. Los avances que debieran ser empleados para la adquisición de mayores cotas de libertad, bienestar y autorrealización, son peligrosamente empleados por quienes buscan a toda costa mantener al rebaño dentro del establo.

3.3. Colectivismo

Como hemos podido comprobar, las bases mínimas irrenunciables del planteamiento *buenista*, así como de todos los planteamientos antecesores, es el Colectivismo. De hecho, se puede considerar al Colectivismo como el término predilecto

para definir la ideología madre, dado que la razón de ser es combatir el Individualismo, es decir, combatir la noción de la existencia que pone a las personas individuales en el centro del desarrollo de la sociedad. No significa esto que la sociedad deba plegarse a los intereses de uno o varios individuos, o de que deban prevalecer los intereses personales sobre los generales. Al revés, se trata de que los intereses generales se forjen en base a unos intereses individuales consensuados, dejando espacio a las personas para que puedan desarrollarse libremente y perseguir sus metas. Paradójicamente, la visión colectivista es la que acaba dando lugar a que los intereses generales genuinos se perviertan y sean instrumentalizados por los intereses particulares de una minoría, los sumos sacerdotes investidos con la autoridad totalitaria de interpretar qué es el interés general en cada momento de la Historia y, por supuesto, de imponerlo por la fuerza si es necesario.

Para el Colectivismo, como sabemos ya, la identidad individual, si existe, cede ante la identidad de grupo. Esta identidad de grupo es la que define a las personas ante todo. La organización de la sociedad debe ir dirigida a preservar esa identidad de grupo encima de todo. El patrón psicológico de la *tribu* se antepone a la sofisticación del libre albedrío, que puede tener la indeseable consecuencia de la *desnaturalización* o *corrupción* de la *tribu* en cuestión. Ante ese peligro, para preservar la comunidad, los elementos accesorios a ella deben ser eliminados o, al menos, neutralizados. Sucede que la ‘comunidad’ es un ideal abstracto, vacío en sí mismo, que necesita ser rellenado con un contenido determinado para adquirir coherencia. Y ese contenido es diseñado por las élites o por quienes se superpongan como gestores de la moral pública. Son ellos y nadie más quienes deciden ‘qué’ es la comunidad, esto es, ‘cuáles’ son sus elementos definitorios. Una vez definidos, habrá que amoldar a la sociedad plural y libre a los contornos de la ideología. En definitiva, el Comunitarismo se concreta en *obligar* a todos los componentes singulares de una sociedad a *ser* de la

forma que unos individuos o unos grupos han *decidido* que es la correcta.

Lógicamente, esta noción es antagónica en términos absolutos a la libertad de pensamiento y acción. Aunque, ciertamente, cada sociedad tiene unos elementos culturales caracterizadores, dichos elementos constituyen un fondo de cohesión libremente disponible por los individuos, sin más sujeción que el cumplimiento de las leyes vigentes que la sociedad en su conjunto se ha dado para gobernarse. Fuera de estos contornos, cada cual es libre de pensar, hacer y decir lo que quiera. La filosofía comunitarista niega estas bases, precisamente porque parte de las opuestas. Las libertades sólo son tales en la medida en que implican -recordemos- renuncia al *yo* para asumir el *común*. Afirmar ese *yo* es egoísta, anti-social, anti-comunidad, es la razón por la cual el cuerpo social y sus ejecutores deben perseguir estos elementos, que, de manifestarse en toda su extensión, estarían violando la *libertad* genuina, es decir, la ‘Libertad Comunitaria’, que es la única posible.

Es por ello que el Colectivismo genera sistemas políticos y ordenamientos jurídicos que prescriben la *discriminación positiva* hacia unos grupos y la *discriminación negativa* hacia otros. La competencia, si la hay, no es entre individuos, sino entre colectivos, grupos, que son los protagonistas de la arena social. Incluso, dichos grupos que gozan del monopolio o de la ‘ventaja’ de ser sobre los que se apoye el ideal comunitarista deben ser purgados, homogeneizados, disciplinados y saneados para que no representen ningún problema en el futuro que pueda alterar el *ideal de comunidad*. La *ideología buenista* considera que el individuo que se niega a encajar dentro su planteamiento determinista -que, como hemos visto, es la brújula correcta de la humanidad “objetivamente” hablando- está en un punto más bajo en la escala de relaciones sociales. De ahí lo que se denomina en lenguaje de plata ‘Superioridad Moral’. Una actitud no exenta en muchos casos de arrogancia y pedantería, por no

hablar ya de la intolerancia congénita de dicha visión de la vida.

Debajo de todo esto subyacen, efectivamente, dos visiones contrapuestas de lo que es la 'Libertad'. Una, la Individualista (correspondiente al espíritu ateniense), consistente en que las personas piensen y hagan lo que quieran, siempre que no perjudiquen ni al prójimo y al conjunto de la sociedad; cada cual es libre de perseguir el disfrute que crea conveniente dentro de unas normas mínimas de convivencia. El placer, el disfrute, la ambición, el dinamismo, el cambio y la negación de *lo estático* son sus elementos caracterizadores. Otra, la Colectivista (correspondiente al espíritu espartano), consistente en la austeridad, el recato, la negación de los placeres y el disfrute, la renuncia a las ambiciones y objetivos personales para ocupar un puesto disciplinado en el conjunto de la sociedad. La renuncia, la quietud, el puritanismo, la criminalización de los placeres del cuerpo y del disfrute personal son las notas que la caracterizan.

De ello que, atendiendo a la Historia, las sociedades basadas en la visión Individualista hayan dado lugar -aunque no siempre- a realidades definidas por la libertad, el libre albedrío, el respeto a la Ley y las garantías jurídicas, mientras que las basadas en el Colectivismo hayan desembocado en tiranías, elitismo, pobreza, recorte de libertades, hambre, desabastecimiento, bajo nivel de vida, corrupción, represión, asesinatos y vigilancia. Esto es una constatación empírica. Cuestión distinta es que sociedades originariamente caracterizadas por la Libertad y la Igualdad se hayan visto distorsionadas con el paso de tiempo por la corrupción de sus bases originarias y se hayan abierto al *Buenismo* colectivista que antepone Seguridad a Libertad y se haya aceptado dócilmente el liberticidio a causa de la reacción a los efectos desastrosos de la crisis política, económica y social que muchos gobernantes no tenían capacidad para gestionar. El Colectivismo es, pues, aunque no lo parezca a simple vista, el remedio perfecto para enmascarar la incompetencia, toda vez que la negación de la libertad para *discrepar del todo* -en la práctica, de la autoridad que representa a ese *todo*- imposibilita la

exigencia de responsabilidad y la rendición de cuentas por parte de los gestores de la cosa pública.

Para que el Colectivismo pueda generar su sociedad ideal y mantenerla debe dedicar todas sus fuerzas a una tarea primordial: el control. Un control omnímodo que anegue cualquier atisbo de libertad para concebir otro mundo posible. Se aplique con mayor o menor severidad, el propósito final de la aniquilación del pensamiento crítico es consustancial a la idea colectivista espartana dado que forma parte de las mismas bases que le dan sentido. En otras palabras: si la ‘libertad real’ es la renuncia a la libertad individual de pensamiento y acción para entregarse a la comunidad, se requerirá por lógica de unos instrumentos que *fuercen* a los individuos a adoptar esta idea de libertad, y que además neutralicen y castiguen a quienes se nieguen a ello. El dogma único excluye por sí mismo la pluralidad y la libertad crítica. Estos instrumentos pueden ir desde las policías políticas, las ejecuciones en masa a otros métodos más refinados pero más eficaces, como hemos visto. No obstante, de entre todos ellos brilla uno que es denominador común en todos los casos: la burocratización.

3.4. Burocratización

La Administración es algo necesario para cualquier organización que se precie, por muy pequeña y primaria que sea. Cuanto mayor sea el control que se espera tener de algo más grande será. Más leyes habrá. Más oscuras serán. Y menores serán los canales para exigir responsabilidad a la Administración misma, sus jefes o los funcionarios. Una consecuencia directa, sea cual sea el caso, del Colectivismo *buenista*, es la imposición de una ingente burocratización, pesada, impenetrable, ineficaz, deficitaria y con una frialdad racionalista ajena a las sensibilidades del ciudadano a quien dice servir. Un proyecto de ingeniería social tal que signifique ‘obligar’ a los ciudadanos a ser de una determinada manera y de planificar su comportamiento irá parejo -a la fuerza- de una burocracia gigante que vaya

mucho, pero mucho más allá de una mera tarea de gestión eficaz y eficiente, que son los límites que nunca debe traspasar una Administración que se abstenga de violar las libertades y derechos de los ciudadanos.

La Burocratización, que es el estado superlativo de la Administración, surge cuando la desmedida extensión de un órgano o unos órganos de naturaleza administrativa acaba por sobrepasar al sistema político y jurídico original y por engullir al ciudadano, convirtiéndolo en un mero engranaje de una maquinaria social sofisticada al servicio de los intereses de una élite que es la que detenta el poder real, sea cual sea su ideología. Al final las ideologías se desdibujan y sólo queda el ciudadano anónimo reducido a la impotencia ante un Estado gigantesco y enemigo de las libertades más elementales.

No se trata de una consecuencia indeseada de un buen planteamiento, sino que es uno de sus elementos definitorios. La *idea* sólo puede ponerse en práctica mediante el *control*, y el control sólo puede traerlo una buena burocracia, fría, disciplinada, atenta y temida. Su extensión y sus fallos no son problemas a resolver en contra de la voluntad benigna de sus arquitectos, antes al contrario: está especialmente diseñada así para llevar al ciudadano a la aceptación como hecho consumado de su poder y de su capacidad para dictar en casi todos los aspectos con una impunidad verdaderamente notable. Más allá de los casos singulares en los que se consiga efectivamente exigirle responsabilidad con éxito, que no son la norma porque el mismo ciudadano, reducido a la impotencia, contempla como más gravoso embarcarse en un procedimiento judicial que le haga perder tiempo, dinero, y hasta salud física y mental, que aguantarse y tratar de no dar problemas la próxima vez. Muestra de ello es que incluso en las autoproclamadas ‘democracias’ los gobiernos cambian pero la burocracia sigue. O mejor aún, siguen sus vicios, que suelen acumularse en vez de subsanarse con el paso de los años.

Una burocracia de esta naturaleza persigue una meta clara,

digán lo que digan los propagandistas políticos de turno interesados en mantenerla: eliminar la capacidad efectiva del ciudadano de ejercer sus derechos. Las leyes están salpicadas de Exposiciones de Motivos grandilocuentes. Todos son buenos propósitos expuestos, sin embargo, de forma farragosa, para hacer creer al ciudadano que el nuevo cuerpo legal se crea para facilitarle las cosas cuando, en demasiadas ocasiones, lo que se busca es precisamente hacerle más difícil el ejercicio de dichos derechos. Este propósito se desarrolla por medio de la creación de un ingente material legal que va mucho más allá de hacer frente a la creciente complejidad de los asuntos públicos. Se configura así un entramado interminable en el que el ciudadano se pierde, no sabe a qué norma acudir, desconoce la aplicación de las mismas, no entiende su redacción, no entiende su significado real, dejándole en la indefensión más absoluta.

Aquel principio jurídico de que el desconocimiento de la Ley no exime de su cumplimiento tenía sentido cuando el contenido de las leyes era aprehensible para el ciudadano y, además, comprensible. Ahora, ante la incapacidad material de que cada ciudadano conozca y asimile adecuadamente el contenido de cuerpos legales que -se supone- están ahí para protegerle y hacerle más libre y más igual, ¿cómo se espera que se puedan ejercer adecuadamente unos derechos que no se conocen? Ahí está la respuesta: no es lo que se busca. Se persigue precisamente eso, el oscurantismo, la interpretación retorcida e interesada por el Poder, la confusión y, al final, la aceptación resignada de que todo es tan grande y tan complejo que no vale la pena siquiera hacer el esfuerzo por averiguar nada y que las cosas 'son las que son y son como son'.

Esa resignación y apatía es el estado perfecto para la *despersonalización* y el *sometimiento* al Colectivo, del cual es representante el Poder Político, que ejerce sus funciones naturales a través de la burocracia. Aceptar que uno es insignificante -y que incluso un grupo más o menos numeroso también lo es ante el tamaño, la influencia, los recursos y, en

definitiva, el poder de la burocracia- es el primer paso. A partir de ahí, la imposición de la *ideología buenista* por vías burocráticas - entre otras, claro- se realiza con bastante facilidad, puesto que una vez que una idea entra en el ‘sistema’, se ‘codifica’, se convierte en ley y se aplica, es muy difícil sacarla de ahí. Con algún que otro retoque continuará inserta definitivamente dentro del mapa de la reglamentación que nos rige a todos. Por ello la *ideología buenista* ni siquiera necesita que alguna formación política plenamente identificada con ella alcance la victoria electoral, tan sólo necesita colocar sus postulados dentro de la agenda política y social para que sea asumida como una necesidad global por todos y casi todos y, al fin y a la postre, acabe materializándose en un Parlamento o en los Tribunales.

Esto es lo que sucede ahora con la asunción por parte de las viejas élites de los ‘nuevos- viejos’ postulados *buenistas* y colectivistas para seguir en el poder y controlar a la sociedad. Lo viejo y lo nuevo se funden hasta producirse la cuadratura del círculo. La armonía por fin se hace una, y la burocracia puede seguir funcionando como hasta ahora a pesar de los maquillajes de turno para cambiar los ánimos, quebrando la pluralidad parlamentaria y moviendo año tras año el eje de gravedad del poder de verdad hacia la Administración del Poder Ejecutivo. Que es donde se toman las decisiones auténticamente importantes.

3.5. Estatalismo

Se trata de algo que cae por su propio peso. Una ideología *total* que subyugue al individuo en la construcción de una comunidad armoniosa caracterizada por el pensamiento único, el Colectivismo galopante y una burocracia omnímoda sólo puede conducir al Estatalismo. Un Estatalismo que es Totalitario incluso antes de ser Estatalismo. Si el objetivo es disolver al individuo, el Estatalismo es la consecuencia necesaria. El Estado que lo controla todo es el que con más eficacia y garantías de resultado efectivo puede imponer la

ideología única y hacer de la persona individual un *ser colectivo* y *colectivizado* en su totalidad. Por ello el *Buenismo* emplea propagandísticamente el propósito de que todos o la mayoría de los sectores económicos y sociales sean ‘públicos’. Según ellos, ‘de todos’. Aviso a navegantes: no existe absolutamente nada que sea de todos; la titularidad de algo puede ser privada (de un individuo o de un grupo de individuos) o estatal (también llamada ‘pública’, esto es, del Estado).

Esto significa que cuando los representantes proclaman que quieren que algo sea público, lo que en realidad están queriendo decir es que su idea es que sea del Estado. Y cuando señalan que quieren que todo sea público (bueno) y nada privado (malo), significa que su objetivo es que todo sea del Estado y nada de los individuos singulares pluralizados en algún tipo de sociedad. Esta aspiración de *control total* es lo que caracteriza al Estado Totalitario y, por ende, a la *ideología totalitaria*.

El término es posterior a la realidad que trata de definir. Como se ha apuntado más arriba, el Totalitarismo es algo mucho más complejo que los escasos márgenes que la noción misma contempla. Su uso arbitrario e incorrecto ha tendido a desvirtuarlo como instrumento adecuado de análisis. La génesis del Totalitarismo se halla en el Colectivismo y, a grandes rasgos, pueden utilizarse como sinónimos. El Totalitarismo se define a dos niveles:

1. Disolver al individuo en la colectividad, negando su *yo* particular para ser ‘rellenado’ con la identidad *común* de la comunidad en la que está inserto, de manera que esta negación de las características e impulsos individuales se configura como *Libertad*, y la afirmación de los mismos como *Esclavitud*. El Totalitarismo en este sentido busca la eliminación de las identidades individuales para sustituirlas por las identidades colectivas.
2. Edificación de un Estado densamente burocratizado que encuadre a las personas por categorías y los valore como

tal, vigilándolos estrechamente y utilizando todos sus apéndices para ejecutar una labor de ingeniería social por medio de la creación de un *nuevo hombre*, un nuevo tipo de ser humano evolucionado no guiado por las pasiones individuales sino *común, total*, liberado de la ‘esclavitud del interés’ y en armonía con el conjunto de la sociedad, eliminándose así todos los conflictos y tragedias que azotan a la humanidad destruyendo los intereses individuales ‘egoístas’ que los producen.

Totalitarismo adquiere, pues, un significado más amplio y no identificado con ningún régimen ni con ninguna ideología política en particular, sino con una cosmovisión mundial y humana basada en los elementos que se acaban de definir. Por ello, el Colectivismo es esencialmente Totalitario, y el Totalitarismo es esencialmente Colectivista. El Estatalismo es un rasgo, no una base, que puede darse o no pero que, generalmente, suele hacerlo, dado que se halla implícito en cualquier proyecto o planteamiento que busque materializarse para organizar una sociedad que se base en el primer nivel con que definimos el término. Incluso aunque el Estatalismo no sea explícito o hasta sea repudiado o criticado, toda ideología que busque disolver al individuo en la colectividad y prescribirle una identidad diferente en contra de su identidad primigenia habrá de ser, a la fuerza, Estatalista, por cuanto necesitará de los recursos de un Estado que controle todos los aspectos de la vida de una persona para lograr ese objetivo.

El *Buenismo* muestra aquí de nuevo su naturaleza criminal, puesto que no existe nada más criminal (junto con el asesinato en masa de grupos enteros) que obligar a las personas a renunciar a sí mismos para obligarlos a pensar y a sentir de una manera que han diseñado arquitectos sociales fríos ante una mesa de estudio con tan sólo un folio y un bolígrafo. Según este planteamiento, toda la maquinaria estatal-burocrática se pone al servicio de la ‘libertad real’ -que el individuo se niegue a sí

mismo y asuma a la comunidad- para perseguir a la ‘libertad falsa’ -que el individuo pueda seguir sus impulsos egoístas y vivir para sí mismo y no para la comunidad-. Desde este punto de vista de *mundo al revés*, el Estado, cuanto más grande mejor, es la garantía para la *libertad de verdad*, y conforme más aumente en su tamaño y más capacidad de control e intervención sobre el ciudadano tenga, más ‘libertario’ será, por cuanto es agente de la creación de un orden espiritual más elevado que los mundanos placeres hedonistas del denostado individualismo.

La *ideología del buenismo*, así, no va nunca a generar una Administración Pública digna de tal nombre, esto es, una Administración justa y garantista, que sirva al ciudadano, le respete dignamente y no lo convierta en esclavo. Eso iría en contra de sus proyectos más íntimos. Al contrario, para implementar su utopía, buscará crear siempre las Administraciones más densas, oscuras y menos garantistas, donde los funcionarios no sean trabajadores libres al servicio de la sociedad, sino burócratas serviles y obedientes implementadores de la ideología oficial que debe revestir todos los campos de la vida de todas las personas.

3.6. Democracia Totalitaria

Ya hemos tratado, si bien suscitantemente, la visión de la ‘Democracia’ que tiene la *ideología buenista*. No juegan con los términos *Dictadura* y *Democracia* tal y como podemos entenderlos usualmente. Por regla general, se entiende por ‘Dictadura’ aquel sistema que se configura como gobernado por una persona o una élite que no es elegida ni controlada por nadie, ni siquiera por otras entidades estatales, que utiliza el miedo, el terror y la violencia para imponerse y continuar en el Poder, y cuya gestión social se caracteriza por la ausencia de libertades básicas y por la inexistencia de pluralidad ideológica. Por el contrario, la ‘Democracia’ es entendida como aquel sistema en el que los gobernantes son elegidos por los gobernados, existen, se respetan y se garantizan las libertades básicas, existe pluralidad

ideológica, Separación de Poderes, Estado de Derecho y se prohíben los medios violentos o lesivos para la dignidad humana, ya sean empleados por el Estado o por cualquier otro agente privado, grupal o individual.

La *ideología buenista*, última encarnación, como se viene comentando, del espíritu colectivista espartano, se afana en definirse como ‘democrática’. Afirma defender las libertades y los parlamentos. Pero una mirada atenta y un estudio concienzudo de los precedentes y principales protagonistas de su dilatada historia, arrojan una luz bien diferente. Para empezar, también como hemos visto ya, para esta ideología las libertades no son contempladas en el sentido habitual del término. Libertad no es ‘dejar hacer’, sino ser uno con la comunidad. Y los derechos no están para que uno pueda *disponer* a su voluntad y hacer lo que quiera, sino que son meros recipientes a través de los cuales se canaliza la ideología *única* de la sociedad *única*. Estas libertades y estos derechos se reservan sólo para el grupo o grupos que encarnan la sociedad armónica, jamás para los otros, que estarán excluidos o serán eliminados.

Se trata de una diferencia fundamental con respecto a la noción de ‘Derechos’ individualista: magnitudes legales previstas para que los individuos y el conjunto de la sociedad puedan pensar y actuar libremente dentro de un contexto social plural y complejo que deja espacio a cada cual para realizar su vida como estime oportuno. Por eso, la Libertad y el Derecho *individualista* se crean como una defensa de los individuos contra la *tiranía de la mayoría* y del Estado, dejando espacio a las personas individuales para vivir y disfrutar como les plazca. Y por eso, la Libertad y el Derecho *colectivista* se crean como una prescripción hacia los individuos para que ‘sean’ de una determinada manera diseñada por otros que no son ellos.

Un vistazo a los textos legales de la *ideología buenista*, ya sea de los regímenes que han encarnado y encarnan actualmente, como en las proposiciones de ley que hacen en los sistemas parlamentarios, permite extraer una conclusión clara: son

siempre *instrumentos de combate*. Es decir, no persiguen una mejora del conjunto de la sociedad ni ampliar los derechos civiles o sociales, sino instrumentalizar el Derecho para reducir las libertades y las garantías de los grupos que ellos designan como ‘enemigos’. Las garantías son prácticamente inexistentes, y se emplea un *Derecho Penal de Autor* -que define y ‘enjuicia’ en función de la categoría artificial a la que se pertenece, en vez de en función de la acción cometida y de su adecuación subjetiva y objetiva al tipo penal previsto en la ley- en vez de un *Derecho Penal del Hecho* (que rehúye las categorías abstractas y hace de los Principios de Legalidad, Culpabilidad y Proporcionalidad su guía predilecta para producir leyes).

Las Libertades y los Derechos son, pues, para el *Buenismo* cascarones vacíos de contenido esencial, tan sólo apéndices, medios por los que materializar su ideología, pero en absoluto homologables con los principios legales del Derecho Democrático genuino de creación de conceptos legales para la aplicación de derechos efectivos y de garantías reales para defender, frente a todos, estos derechos. Ahí estriba la diferencia radical: mientras en una visión los Derechos son entidades reales que posee el individuo como tal, sólo modificables en caso de violación de la ley, en la otra visión los Derechos no se contemplan como entidades reales, sino como conceptos meramente nominales carentes de garantía alguna y condicionados a la disolución de la persona en el seno del colectivo y a la asunción de la ideología definida e implementada desde el Poder.

Se podrá entender ahora esto de la *Democracia Totalitaria*, que se equipara y hasta supera los contornos de lo que entendemos por *Dictadura*. En la Democracia Totalitaria es irrelevante que existan elecciones o no, o que sea habiliten parlamentos o se diseñen constituciones. Si definimos ‘Democracia’ como *Libertad y Derecho* en el sentido *individualista*, Democracia Totalitaria es un término que se excluye a sí mismo, puesto que una ‘Democracia’ no puede ser totalitaria, ni el ‘Totalitarismo’

puede ser democrático. La *Democracia Totalitaria* es exactamente lo mismo que la *Dictadura Totalitaria*. Aunque varían los medios de imposición, el fondo se mantiene inalterado y, efectivamente, la imposición, ‘imposición’ es.

3.7. Control de los medios de comunicación

En una entrevista, Pablo Iglesias Turrión, líder de la formación política PODEMOS, señaló a las claras que la existencia de medios de comunicación privados ataca la libertad de expresión, porque si la Información es un derecho, al ser susceptible de mercantilización se convierte en un privilegio. Su afirmación parte de la base de la ideología marxista que él encarna, pero también del pensamiento extendido por la *ideología buenista*, que ha actualizado el *marxismo cultural* despojándolo de algunos elementos anacrónicos para el discurso político en los tiempos actuales, pero disparando sus esencias por otros disfraces y técnicas de *márketing político*. Siguiendo la lógica básica e irrenunciable roussoniana de la ‘voluntad general’ como una *verdad matemática* que debe ser aceptada obligatoriamente por todos, y de que cualquier discrepancia es, también *matemáticamente*, mala; que existan medios que no expresen esa voluntad general global y ajena a los individuos es “anti-democrático”. ¿Quién decide qué es la ‘voluntad general’? Ellos. El Poder Político, las élites o los grupos de presión que en un momento determinado ostenten el monopolio y la legitimidad exclusiva de dictar qué es verdad y qué no lo es.

Por ello, para la *ideología buenista*, la existencia de medios de comunicación privados, es decir, aquellos que no son controlados por el Estado, es una realidad desagradable que hay que erradicar. Siguiendo la línea de lo dicho más arriba, si el Estado es la correa de transmisión de la idea única, el Estado Totalitario tiene que controlar absolutamente todos los medios para que estos no se conviertan en un *privilegio de los ricos* (que es como son definidos para descalificar lo que no se ciñe a sus pensamientos) y, en consecuencia, emitan contenidos ‘sanos’

ideológicamente hablando, que no perturben al ‘pueblo’ con ideas contaminantes en contra del dogma de la Comunidad.

La cuestión va mucho más allá pues, para conseguir tamaña hazaña de ingeniería social, hay que pelear por la *Hegemonía del Discurso* y anular los del enemigo para desplazarlo y arrebatarle toda la legitimidad que pudiera tener, paso previo para imponer la verdad única. Es algo que se ha podido comprobar, con funestas consecuencias, en países como Venezuela o Bolivia, donde la utilización del *pathos* (discurso persuasivo) para entroncarlo con el *ethos* (costumbre o hábito adquirido) de una comunidad determinada generó una visión global compacta fortalecida por la estatalización progresiva pero continua de los medios de comunicación privados que no estaban sujetos al Poder de turno para, finalmente, anular el discurso político y la filosofía cultural de otras opciones ideológicas y lograr así la extensión completa del *Pensamiento Único*. Una vez logrado esto, las élites colectivistas emplean esta capacidad de disposición absoluta de los medios para manipular en masa a la población y *someterla* por medio de mensajes explícitos algunas veces, pero subliminales muchas otras, que atacan el subconsciente y van laminando la independencia de criterio, el pensamiento libre, la individualidad y la capacidad crítica, consiguiendo la tan deseada disolución del individuo en la colectividad.

El *Buenismo* emplea una propaganda efectiva para dar a entender a la población que su propósito es arrancar los medios de las manos de un gran grupo de plutócratas que hacen y deshacen lo que quieren con los grandes imperios comunicativos. Pero si esto es peligroso, se trata de un peligro sorteable con la aprobación de leyes anti-monopolio en el mundo informativo y con el establecimiento de controles estrictos que aseguren la pluralidad. Más peligroso es aún que con la excusa de acabar con un problema se acabe generando otro mayor, como es el hecho de que el Estado controle absolutamente todos los medios privados -como propone Iglesias- grandes y pequeños, para imponer una homogeneidad

informativa que atenderá sola y exclusivamente a sus intereses.

La Historia, de nuevo, nos enseña las cosas con una contundencia inmisericorde. Siempre que estos grupos, que proponen quitarse un dolor de cabeza pegándose un tiro a bocajarro, han llegado al Poder y han podido controlar televisiones públicas, han sustituido el oligopolio informativo de los plutócratas por el suyo propio. Tanto más grave que lo anterior, por cuanto que el poder que adquieren es más extenso que el de los empresarios al controlar también, como es su designio, la Justicia, la Policía, los Parlamentos y, en definitiva, todos los resortes del 'Poder' para obligar a la sociedad en su conjunto a pensar, sentir y actuar como ellos decidan. Un propósito que no puede adjetivarse de otra manera más que como criminal.

3.8. Anti-capitalismo

Como no puede ser de otra manera dada la naturaleza de su ideología, la *Libertad de Mercado*, enmarcada dentro del significativo vacío de 'Capitalismo', es la bestia negra del planteamiento *buenista*. En este aspecto es en el que el marxismo cultural se hace más explícito. La libertad para comerciar y ganar dinero es uno de los elementos definitorios del individualismo, y uno de sus rasgos más explícitos. La actividad económica libre no obedece a una ideología programática que haya *obligado* a los seres humanos a actuar de esa manera, sino que es algo consustancial a la misma naturaleza humana. El *interés* es algo a lo que no pueden renunciar ni los individuos ni las comunidades, aunque quieran. Lo que el *Buenismo* no puede soportar es que alguien pueda acumular bienes y ganar dinero con su esfuerzo. Detrás de su anti-capitalismo se esconde el odio hacia el mérito y la recompensa por el esfuerzo, y un ensalzamiento de la mediocridad, la vagancia y la igualación hacia abajo.

La *Libertad de Mercado* es una de las grandes libertades básicas para poder hablar de Democracia a las claras, equiparable a la

Libertad de Expresión o a la de Movimiento. Si no existe Libertad de Expresión no hay Democracia. Como no existe Democracia sin Libertad de Mercado. De manera que tratar de eliminar la Libertad de Mercado, esto es, el *Capitalismo*, como ellos lo llaman, es que querer destruir las esencias mismas del sistema democrático.

Ante todo hay que dejar claro que el Capitalismo no es ni un sistema ni una entidad *caracterizable* ni *tocable*. No hay un partido capitalista ni un manifiesto capitalista ni dicha práctica es fruto del diseño de científicos sociales ilustrados que crean haber descubierto las leyes universales de la Humanidad, como sí lo es el Socialismo y el Comunismo. La *Libertad de Mercado* es una práctica que se lleva a cabo desde los mismos comienzos de la especie humana, ligada a las diferentes necesidades que los sujetos y las comunidades tienen, a los recursos que controlan y gestionan, y a los productos que generan. En función de las atribuciones que se hagan, el ‘objeto’ de comercio tiene un *valor* determinado. Esto es algo que surge de la misma conducta humana. Por lo que tratar de negar esto es negar las mismas esencias humanas. Y tratar de crear personas que no lo hagan o no lo sientan es tratar de crear no-humanos. Que es el objetivo último del *Buenismo criminal*. Porque no existe nada más criminal que negar la humanidad.

Por lo tanto, no cabe hablar de *sistema capitalista* por cuanto la libertad de mercado en sí es ‘a-sistemática’. Se trata de un oxímoron, una contradicción *in terminis*. Por el contrario, el Socialismo y sus diferentes ramas sí existen como entidades definidas. Se concretan en individuos que encarnan dichos planteamientos, partidos, gobiernos, instituciones varias en definitiva. Con lo cual no puede equipararse una práctica *natural* del hombre con una ideología artificial que, por su mismo carácter artificial, tiene que imponerse por la fuerza. Los hechos hablan por sí solos, y son las sociedades con las economías más abiertas las que generan mayor grado de bienestar, abundancia, prosperidad, igualdad, Estado de Derecho y garantías. Al

contrario, las sociedades con economías intervenidas o directamente planificadas en su totalidad se caracterizan por sistemas políticos dictatoriales, pobreza, desabastecimiento, desigualdad, nulo o escaso respeto por la Ley -si existiere-, inestabilidad, represión y muerte.

El Colectivismo no puede aceptar que la *naturaleza humana* vaya en una dirección contraria a lo que ellos piensan que es correcto, porque lo que se ven en la obligación de adaptar la ‘realidad’ a la ‘utopía’ por medio de la represión y del asesinato. No habrá mejor ejemplo del desprecio absoluto que tienen por la Libertad que la premisa totalitaria de la que parten, un canto a la legitimación de la dictadura como nunca ha existido: el ‘Capitalismo’ -o sea, la *Libertad de Mercado*- es malo porque quienes tienen libertad económica pueden utilizarla y a veces lo hacen para abusar de ella y hacer cosas malas; conclusión, para evitar estos males hay que eliminar la Libertad Económica y entonces ya se acabarán los problemas que el ejercicio de esta libertad lleva aparejados. Es exactamente lo mismo que afirmar que como la existencia de la *Libertad de Expresión* permite que haya quienes la utilicen para hacer cosas malas, tiene que ser eliminada para que esas cosas malas desaparezcan por fin y así se solucionen los problemas.

En fin, el tuétano de la idea es que los problemas se eliminan destruyendo las libertades de *dejar hacer* a las personas para encorsetarlas dentro de una planificación del ser humano universal. Algo que sólo puede suceder por medio de una fórmula: la Dictadura.

3.9. Anti-occidentalismo

Rasgo derivado de lo anterior. Para el *Buenismo, Occidente*, como generalización, es el peor escaparate de los males del individualismo, soslayando las muy diferentes y contradictorias realidades que se dan cita dentro de la realidad que tratan de definir. Occidente es individualismo, egoísmo e imperialismo, términos amplios para descalificar el ‘todo’ sin tener que pararse

a analizarlo. Unos rasgos exclusivos que son atribuidos propagandísticamente para negar que las contradicciones y los aspectos más desagradables de la civilización occidental son comunes a las demás, inclusive las orientales y que, con todo, son pequeñas en comparación con los detalles más espeluznantes que han caracterizado -y aún hoy caracterizan- a otras diferentes.

No obstante, su odio hacia Occidente no se basa en las supuestas injusticias o en la doble moral de los países que lo componen, sino en los cimientos mismos de esta civilización. Los cimientos *atenienses* de la libertad del individuo para vivir como le plazca. Unos cimientos que han dado lugar además a la mayor obra de ingeniería social humana, el *Estado de Derecho*, basado en el Imperio de la Ley, el *Rule of Law*, el repudio del despotismo y de la arbitrariedad para crear un conjunto de normas abstractas que compatibilicen los intereses de la comunidad con el individuo, a las que se atribuye una validez y una obediencia sobre todo lo demás porque se entiende que la *libertad real* sólo es aquella para la que existen garantías, y que dichas garantías sólo las da la Ley. Sin Ley no hay garantía. Sin Ley no hay libertad. En su ausencia, sólo libertinaje y tiranía.

Que las élites políticas y económicas de países con Estado de Derecho violen estos principios no hace sino confirmar su vigencia y la necesidad social de combatirlas para que dejen de corromper a la comunidad y de ejecutar acciones sin el consentimiento de los ciudadanos. Como hemos visto, los cimientos de la visión *espartana* son los opuestos, por eso el *Buenismo* los odia. El Estado de Derecho, el Imperio de la Ley y el respeto por el individuo son obstáculos que saben formidables para implementar su ideal colectivista y liberticida.

Si de verdad rechazaran a Occidente por los abusos y los crímenes que algunos de sus Estados llevan a cabo, como los Estados Unidos de América, rechazarían con mucho más ahínco las ideologías anti-occidentales o el despotismo oriental. Pero no es así, ¿por qué? Porque la crítica del abuso y del

crimen no es más que una fachada propagandística somatizada por millones de personas descontentas en el Globo para revestir el ideario colectivista de una crítica ‘real’ contra los desaciertos del enemigo y esconder a su vez los que dicho ideario ha cometido y los que sigue cometiendo, mucho más graves y de mucho más alcance que los que se señalan en el otro campo. En esta línea va el apoyo que han dado siempre a los movimientos nacionalistas e independentistas, o a los países y sociedades de tercer mundo, aunque muchos de estos grupos fuesen terroristas, como ETA o la OLP palestina. Los *buenistas* no lo han hecho nunca porque les importaran de verdad estas personas y sus desagradables situaciones, sino porque eran elementos desestabilizadores de Estados occidentales que, con su existencia y/o eventual triunfo desestabilizaban sistemas enteros y conseguían nuevos triunfos para *la idea*.

Todo ello revestido de un halo bien trabajado de márketing político que ha engañado a millones durante generaciones enteras, travistiendo el Colectivismo *buenista* de *lucha por el bien de la Humanidad*. De la misma forma que con los demás crímenes, los que se cometen por la *ideología buenista* son disculpables porque son necesarios para el progreso humano, y los demás son condenables porque quienes los cometen no ‘pertenecen’ al *Dogma*. Por ello intelectuales autodefinidos como progresistas apoyaron durante años los regímenes comunistas más despiadados en un ejercicio de ceguera deliberada, porque los consideraban un mal necesario. Pablo Picasso, Gabriel García Márquez, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir... La lista es interminable. Pablo Neruda, que tiene calles y colegios con su nombre, dedicó un poema a Stalin y se definía como estalinista. Antonio Machado dedicó a su vez otro poema a la Unión Soviética. Es dudoso que se les valorara igual si Neruda hubiese cambiado a Stalin por Hitler y Machado a la URSS por el Tercer Reich.

Algo parecido se produce hoy con el *Fundamentalismo Islámico*, que goza de la simpatía, cuando no del apoyo explícito, del

Buenismo, por su carácter anti-occidental. Lo cual nos lleva al siguiente punto.

3.10. Pro-islamismo

El *Islamismo Político* es una ideología que persigue la materialización del planteamiento religioso musulmán en una ideología política coherente capaz de ofrecer una respuesta global al conjunto de inquietudes que pueda tener una sociedad y, a la vez, competir con las demás. Igualmente, plantea una cosmovisión determinada que deriva en el diseño de la estructura de una sociedad. Aunque, al igual que en el caso del *Cristianismo Político*, como tal nace en la Era Contemporánea inserto en la corriente de creación de partidos y organizaciones de naturaleza política, sus precedentes están en las organizaciones teocráticas que durante las Edades Media y Moderna se habían configurado en el mapa geopolítico en el que operaban dichas religiones. Como las monarquías cristianas, en Oriente Medio y Próximo -fundamentalmente- germinó hasta extenderse por Asia y Europa la forma de gobierno del Califato, que se mantuvo hasta la desaparición del Imperio Otomano en 1923.

Característica fundamental de esta forma de organización política fue la unión entre la Religión y el Estado. Al operar como una base sobre la cual organizar un territorio, la Religión se convirtió también en una suerte de ideología política, si bien no sufrió el proceso de secularización que el Cristianismo tuvo que afrontar en Occidente y que alteró sustancialmente sus bases. El Islam no tuvo, para entendernos, una Ilustración, aunque sí intentos de reforma, adaptación y variaciones contextuales que no alteraron la naturaleza del dogma religioso. Y como tal, todas las estructuras políticas a que dio lugar tomaron una forma autoritaria, burocratizada, que para nada contemplaron a los individuos singulares, no hablemos ya de libertades jurídicas tal y como las entendemos.

El pistoletazo de salida del Islamismo político como

planteamiento más o menos acabado tuvo lugar con la aparición en Egipto de los *Hermanos Musulmanes* en el año 1928. Se escapa de las fronteras de este libro realizar un análisis profundo del Islamismo político y de sus diferentes ramificaciones. Baste señalar que más allá de las diferencias particulares existentes entre salafistas, fundamentalistas y otros grupos políticos de signo reformista, por no hablar ya de las dos grandes corrientes del Islam, sunníes y chiíes, las bases son comunes a todos los grupos: la aplicación estricta de la *Sharía* (el cuerpo de Derecho islámico, en cuya cúspide se encuentra El Corán) y la islamización de la sociedad. Por mucho que, como se apunta, algunos grupos estén dispuestos a asumir algunos avances occidentales, especialmente los de carácter tecnológico, la cosmovisión teocrática, reaccionaria y ultraconservadora es el combustible que nutre toda forma de islamismo.

Al igual que el Colectivismo *buenista*, el Islam político persigue la creación de una sociedad en la cual el dogma religioso impregne absolutamente todo y discipline una comunidad en la que el individuo, como tal considerado, es irrelevante. El *sometimiento a Alá* es el principio y el final de la vida de todo musulmán y, en aplicación de un sistema jurídico y político que sólo es correa de transmisión de la ideología religiosa, la vida de quienes viven al albur de dicho sistema debe reglamentarse por estos preceptos. Se trata de una ideología profundamente anti-individualista, anti-capitalista, anti-democrática y, también, anti-semita. Exactamente igual que el *Buenismo*. Aunque existen matices que diferencien ambos planteamientos, es mucho más lo que les une que lo que les separa. Y beben exactamente de las mismas fuentes: el Dogma de la verdad única a cuyo sometimiento se condiciona la libertad real de los individuos, en contraposición con la libertad falsa del ‘dejar hacer’ individualista occidental.

Por ello, los sistemas políticos a que ha dado lugar el Islamismo político se han caracterizado por las mismas notas que los del Colectivismo *buenista*: dictadura, represión, asesinato,

recorte de libertades, malestar material y bajo nivel de vida. A lo que cabe añadir algo más: la visión de la *Mujer* como seres que son poco más que animales, a disposición completa del *Hombre*, que puede hacer con ellas prácticamente lo que desee, incluyendo someterlas a los tratos más bárbaros imaginables.

El Islamismo político también ha dado lugar a una forma feroz de imposición del Dogma religioso-comunitario: el *Yihadismo*. Se trata de una hipertrofia del planteamiento primigenio radicalmente colectivista y anti-occidental, dispuesto a imponer a sangre y fuego la utopía totalitaria, sea cual sea el coste. El DAESH, sin embargo ha eclosionado como un movimiento demasiado sediento de sangre como para ser viable a largo plazo. Ello no es impedimento para que haya llevado y siga llevando a cabo un exterminio selectivo por categoría, como los Comunistas y los Nacional-socialistas, del *enemigo* y del *discrepante*, con especial saña hacia los homosexuales, que lamentablemente nada tiene que envidiar a las masacres de otros tiempos.

Lo peor de todo es que la *ideología buenista* ha tenido sus componendas a la hora de condenar el *Fundamentalismo Islámico*, otorgándole una comprensión inaudita y señalando que, si bien las matanzas que llevan a cabo son intolerables, la culpa de ello la tiene Occidente y que, en definitiva, le está bien empleado, por imperialista y por cínico. Algo que concuerda exactamente con la propaganda que el *extremismo islámico* emplea para justificarse. Esto tiene una explicación. El *Buenismo*, aunque sepa que le interesa políticamente condenar al *Yihadismo*, no puede hacerlo alegremente sin sentir retortijones en la barriga porque el objetivo último de sociedad que persiguen, salvando las distancias y los matices, es el mismo: la *Comunidad Total* que destruya al individuo singular y a su manifestación más odiosa: el *Capitalismo* o la *Libertad de Mercado*. Y aún más, porque -como ellos, el *Yihadismo* se ha puesto las botas exterminando a seres humanos para materializar su utopía- condenar en el fuero interno de su ser el asesinato en masa cuando sus propias

doctrinas han avalado dicho comportamiento y han diseñado esquemas políticos en los cuales esto se pueda producir, e incluso han llevado a término crímenes tan o más monstruosos, les es materialmente imposible. No lo dirán nunca. Pero así es.

De hecho, la ligazón entre el *Marxismo* y el *Yihadismo* es más estrecha de lo que se cree. Como se ha visto, Marx, Engels, Lenin y otros definieron el *Terror* como algo saludable para luchar por el ideal puro y para acabar, en consecuencia, con lo impuro. El *Terror* es algo intrínseco y consustancial del movimiento revolucionario. El *Terror* generará una atmósfera asfixiante que permitirá poner de rodillas a quienes obstaculicen la realización de la utopía. El partido o la organización se constituye como una organización de carácter religioso-militar, que despersonaliza a sus integrantes para que, a su vez, aprendan a despersonalizar a los demás y que, finalmente, una vez alcanzado el Poder, despersonalice a toda la sociedad.

Políticamente, la unión surgió en los prolegómenos de la Guerra Fría, al calor del nacimiento del Estado de Israel y de la *Primera Guerra árabe-israelí* de 1948-1949. Estados Unidos y la Comunidad Judía Internacional apoyaron a Israel contra los países árabes, a la par que en la Unión Soviética de Stalin atizaba una purga anti-semita que se tradujo en depuraciones en todos los países comunistas del Bloque del Este de *judíos* o de personas significadas pertenecientes a familias judías, que en algunos casos dieron lugar a sangrientos pogromos como los acontecidos en Polonia o en el matiz descaradamente anti-semita de algunos aspectos de los *Juicios de Praga* a comienzos de los años cincuenta, en los que la dictadura comunista de Checoslovaquia purgó a miembros ‘indeseables’ del Partido. El carácter anti-semita de la ideología marxista unido al antisemitismo crónico de la URSS y de los países del Este de Europa y a las mismas convicciones anti-judías de los países árabes, crearon un cóctel explosivo que sobredimensionó el anti-semitismo -llamado *anti-sionismo* para no recordar tanto a Hitler y los Nacional-socialistas- e infectó a todo el espectro

ideológico que simpatizaba con la Unión Soviética, fuesen Comunistas o no.

El enemigo común unió a todos lo que se oponían a Occidente, Estados Unidos y el Capitalismo. Así, todos estos grupos se volcaron y se siguen volcando en un virulento anti-semitismo que va a la par con el apoyo y la comprensión tanto a los países musulmanes como a la cultura islámica en su conjunto, aunque cuando esta entra en conflicto directo con algunas de las causas que dicen defender -sin ir más lejos, la emancipación de la *Mujer* el combate del *Machismo*-, recurren a negaciones, silencios y justificaciones a todas luces falsas, demostrando que esa supuesta defensa no es más que una cortina de humo para legitimar su ideología colectivista, en un acto de cinismo que no se escapa al analista mínimamente sincero.

Para la *Segunda Guerra árabe-israelí* en 1956, los Comunistas forjaron una cooperación militar, económica y política con los países de Oriente Próximo y Medio -a excepción de las monarquías petroleras del Golfo Pérsico, aliadas interesadas de Estados Unidos- especialmente con algunos Estados como Argelia, que implantaron dictaduras socialistas. El surgimiento de grupos terroristas de carácter *anti-colonialista* gozó del apoyo directo de la URSS y de los países de Europa del Este, forjándose alianzas entre aquellos y los grupos terroristas marxistas, todo dentro de la estrategia de los Comunistas de presentarse como la punta de lanza de la lucha por el Tercer Mundo y Palestina. Operaciones conjuntas, financiación, tráfico de armas y libertad de movimientos amplia en los países satélites de la Unión Soviética fueron las formas en que se materializó esta cooperación.

En el Tercer mundo, muchos elementos socialistas se habían mimetizado con los postulados del Islamismo político, lo que por otra parte era bastante lógico. Y ante el final de la Guerra fría y la 'pérdida de vigencia' para muchos de los postulados marxistas, la orientación islámica de estos grupos aumentó hasta

desplazar a los demás aspectos ideológicos, al presentarse como un elemento aglutinador y movilizador mucho más eficaz que Socialismo o el Populismo Nacionalista. Puede afirmarse que ambas ideologías, cuyo fondo -no se insistirá lo suficiente- es el mismo, se *retroalimentaron* mutuamente. Como la *ideología buenista* es consciente de esto, la comprensión, el apoyo y hasta la promoción del Islamismo político es algo que es inseparable ya de sus postulados caracterizadores, algo irrenunciable, por cuanto se está *mano a mano* en la lucha contra Occidente, el Individualismo, el Estado de Derecho y la Libertad económica.

3.11. Anti-semitismo

Acabamos de tratar parte del desarrollo del anti-semitismo *buenista*. Pero sus orígenes permanecen aún como algo oscuro para grandes partes de la población. Es necesario destacar que se trata de un *anti-semitismo cultural* más que *racial*, derivado en gran parte del anti-semitismo primigenio medieval. Este se nutrió de la tradicional capacidad que algunas de las personas de cultura hebrea desarrollaron para los negocios. Se instaló una *leyenda negra* del judío como un comerciante poco honrado y usurero, poco dado a la solidaridad y con espíritu de ave de rapiña, que actuaba como un chupóptero de la gente decente, a lo que no fue ajena la actividad de la Inquisición y los difíciles equilibrios en la convivencia de las diferentes religiones monoteístas.

Aunque los tiempos variaron, la identificación del *Judío* con el *mal comerciante* persistió, hasta el punto que se acabó relacionando a los judíos con una particular forma de entender la vida caracterizada por el egoísmo sin límites y el lucro avaricioso. Los Socialistas y los Comunistas, con Marx y Hitler a la cabeza, localizan en el *Judaísmo* el origen del egoísmo material y del culto al *Dinero*. Porque es el *Judaísmo* y su culto al *Dios Dinero* el que envilece a los hombres, los arrebató de su estado de naturaleza ideal roussoniano y los vuelve egoístas. El Capitalismo *es* Judío, por lo que la emancipación de lo Judío y su

destrucción equivalen a acabar con el Capitalismo. La *conciencia judía*, que es la conciencia individualista, debe desaparecer para que el ser humano pueda acceder a la libertad suprema, que es, como hemos visto, disolverse en la comunidad hasta *ser* común con su especie y eliminar, igualmente, los *Derechos Humanos*, que sólo existen como garantía del *Hombre Egoísta* para defenderse de la comunidad y que, una vez purgada la identidad individual para asumir la colectiva, ya no sirven para nada porque los intereses y las inclinaciones de la persona particular no son diferentes de las del colectivo.

La base de este razonamiento es la misma en *Sobre la cuestión judía* de Marx que en *Mi Lucha* de Hitler. Más lejos: cuando Hitler señala en su obra que la comunidad debe reconocer la igualdad de todos desde el momento en que cada cual cumple con dicha comunidad según sus capacidades para dar lugar a un mundo en el que a cada uno se le dé según sus necesidades y no se viva para el disfrute de los placeres materiales, se trata de una idea calcada del planteamiento marxista, ya esbozado anteriormente por el socialista francés Louis Blanc, de '*de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades*'. Por eso la Unión Soviética no reconoció el *Holocausto* como tal, como una persecución específica hacia los judíos, y disolvió los asesinatos dentro de las estadísticas de ciudadanos soviéticos muertos durante la Segunda Guerra Mundial.

Que Stalin fuese profundamente antisemita sólo vino a dar impulso al antisemitismo de la ideología socialista y comunista. Por ello se vio natural que Israel se aliara con Estados Unidos y el mundo Occidental, los capitalistas por antonomasia y objetivo número uno de la propaganda ideológica. Y es por ello también lógico que la *ideología buenista* repudie todo lo que tenga que ver con Israel y con los judíos, y tienda a secundar los virulentos ataques anti-semitas de los Estados Musulmanes en el contexto de su conflicto con Israel. Como en las demás cuestiones, no se trata de una preocupación real por el devenir del pueblo palestino, sino de la defensa de una cosmovisión que

no contempla *lo judío* -como expresión del Individualismo y del Capitalismo- como algo existente dentro de ella, antes al contrario, como algo que eliminar sin dilación y sin piedad. Así llegará la Humanidad a la emancipación de verdad.

Es pertinente destacar, en lo que refiere al conflicto entre el mundo árabe e Israel, con Palestina de por medio, la figura de Muhammad Amin al-Husayni, Gran Mufti (sumo intérprete de la *Sharía* en el Islam sunní) de Jerusalén, Jefe del Consejo Supremo Musulmán entre 1922 y 1937 y líder nacionalista palestino. Este sujeto fue instigador de pogromos y matanzas de judíos en Palestina durante el Período de Entreguerras en el contexto del conflicto con las autoridades británicas por las facilidades que estaba otorgando a la inmigración hebrea. Más adelante consiguió asilo en la Alemania Nacional-socialista, llegando a entrevistarse incluso con el propio Hitler, apoyándole en sus proyectos de exterminio, hasta el punto de facilitar el reclutamiento de musulmanes bosnios y albaneses para las SS, encuadrados en unidades que se destacaron por sus masacres contra los judíos. Después de la guerra continuó siendo un referente político para el Islam sunní, los nacionalistas palestinos y para el Mundo Árabe en su conjunto y, a su muerte en 1974, su lugar como líder de Palestina fue ocupado por Yasser Arafat, su sobrino, cabeza de la organización terrorista OLP y primer Presidente de la Autoridad Nacional Palestina.

Un ejemplo escalofriante de cómo ambos planteamientos colaboraron estrechamente y una lección contundente para aquellos que se posicionan alegremente en dicho conflicto, especialmente como vía para profundizar en la extensión de un ideal colectivista que causó la muerte de millones de personas y que es abonado día tras día por la *ideología buenista* sin medir las consecuencias y con un propósito, nuevamente, criminal. Tan criminal, al menos, como pueda llegar a ser apoyar visiones que han nutrido espantosas masacres a la vez que se critican cínicamente los crímenes llevados a cabo por el Estado de Israel contra los refugiados palestinos. Los crímenes israelíes sólo

pueden ser criticados limpiamente por quienes rechazan tanto unos como otros y, desde luego, por quienes están en las antípodas de cualquier ideología que busque la negación de la individualidad y señale a categorías determinadas de seres humanos como objetivos a batir para construir un ‘paraíso’ definido por contornos infernales.

3.12. Inmigración

Desde esta óptica puede entenderse el apoyo desmedido e irreflexivo del *Buenismo* a la inmigración, preferentemente a la inmigración ilegal. Más que irreflexivo, se trata de un apoyo basado en una reflexión oscura y oculta, que nada tiene que ver con los supuestos propósitos humanitarios que esgrimen en público para hacer impenetrables a la crítica su alegato. Si la postura lógica es primero entender que la inmigración ‘es’ un hecho, ni bueno ni malo, y que los canales para atajar la cuestión deben ser siempre los puramente legales, lo que quiere decir que debe tratarse la inmigración legal y rechazarse la ilegal; segundo, que la apertura libre de fronteras constituye un suicidio social que agrava el problema y que es insostenible; y tercero, que las soluciones radican en ayudar a los países emisores de inmigrantes ilegales a edificar sistemas democráticos, Estados del Bienestar y economías sostenibles; la postura *buenista* es bien diferente.

Esto pasa por fomentar al por mayor la inmigración ilegal, sean cual sean las consecuencias, y sea cual sea la procedencia de los inmigrantes, escudándose en un falso humanitarismo que obedece a unos propósitos determinados que nada tienen que ver con los que su propaganda proclama. Este es otro punto en el que el *marxismo cultural* brilla. El fin de la época de las revoluciones -o, al menos, su hibernación- a la par con la extensión de los derechos y del bienestar económico, ha arrancado al Marxismo y a sus compañeros de viaje su materia prima: la Clase Obrera. La *Clase Obrera*, como *clase*, ha dejado de existir, si es que existió alguna vez, como un ‘todo’ compacto,

uniforme y con los mismos intereses. Como el ‘obrero’ no es ya revolucionario, sino que se ha insertado progresivamente en la ‘Clase Media’, el Socialismo se ve impotente ante la pérdida del eje que le da significado. Ante esta difícil tesitura se ve obligado a hacer una pirueta intelectual y convertir al *inmigrante* en la nueva *clase revolucionaria*.

Este inmigrante debe proceder a ser posible del Norte de África o de los países musulmanes, dadas las fuertes relaciones entre el Socialismo y el Islamismo político ya tratadas y a la confluencia de su ideario colectivista. Saben perfectamente que el incremento desmedido de la inmigración procedente de países musulmanes puede dar como resultado el nacimiento o expansión de organizaciones caracterizadas por el propósito de islamizar la sociedad y, a la larga, sustituir el sistema político parlamentario por teocracias similares a los países de donde provienen. Además, saben también que ello provocará conflictos con la población autóctona, respuestas radicales de carácter reaccionario y nacionalista, generando a su vez una inestabilidad crónica que ellos -los *buenistas* (marxistas, socialistas heterodoxos, nacionalistas regionales, etc) necesitan para poder crecer a su vez como opciones políticas y alcanzar el Poder.

No les mueve, pues, la penosa situación de miles de personas que muren en el Mediterráneo a causa de las acciones de las mafias y al apoyo cómplice y cínico de ONGs y de gobiernos que no se atreven a enfrentarse a la realidad. La *ideología buenista* ‘necesita’ de la materia prima de los inmigrantes ilegales descontentos para convertirlos en su nueva *clase revolucionaria*, una *clase* de la cual nutrirse para conseguir alcanzar sus propósitos, porque saben que en situaciones de bonanza, estabilidad y normalidad democrática no tienen nada que hacer y serán desplazados a los espacios más marginales de la arena política. El fanatismo y la inquisición juegan aquí un gran papel, al negar la pluralidad del discurso ideológico y cultural por medio de exacerbar las reacciones hiper-sentimentales y negar

los análisis racionales, tachando a los *discrepantes* de ‘fascistas’, ‘xenófobos’ o ‘racistas’ y evitando de esta manera cualquier debate que no concluya con la aceptación total de sus postulados.

Los conflictos que provoca el acomodo de la inmigración -cosa natural en cualquier sociedad y que los poderes políticos deben tratar con la mira puesta siempre en el respeto de los derechos, tanto de los inmigrantes como de la población autóctona- son deseados y hasta espoleados por la *ideología buenista*. Se trata de un cálculo racional por parte de sus líderes, aunque fomenten la irracionalidad entre sus bases. La inmigración ilegal traerá al interior de los países del Primer Mundo multitud de individuos *desclasados* y pobres, que encontrarán acomodo de manera precaria, soportando los abusos y la explotación de gentes sin escrúpulos. Esto les llevará con el paso del tiempo a organizarse social y políticamente, y a *rebelarse* contra un Estado y una sociedad que no les ha integrado como es debido. A la par, esta mano de obra barata perjudicará a los estratos más bajos de la población autóctona -trabajadores no cualificados en su mayoría y muchos muy bien cualificados pero que no encuentran trabajo acorde con su formación- empujándoles al descontento e igualmente a la *rebelión*, esta vez contra un Estado y una sociedad que no es capaz de garantizarles unas condiciones mínimas de vida y de dignidad.

Finalmente, el fantasma del *Terrorismo Yihadista* agitará los miedos de la población ante los inmigrantes musulmanes y los tres conflictos se entrelazarán para colapsar el sistema político. La tarea de los partidos socialistas revolucionarios será ahora cabalgar sobre estos para presentarse como las únicas opciones viables de solucionar la crisis a la vez que trabajarán para sabotear su solución y quebrar el Estado de Derecho. Si esto se consigue, el camino hacia el Poder estará expedito. Se trata exactamente de las mismas razones que les llevan a apoyar a los Nacionalismos Regionalistas como el Vasco o el Pancatalanista en España. Porque cuanto más enconado sea el conflicto y más

cerca se esté de la ruptura, más posibilidades habrá de que el sistema colapse y ellos puedan ganar. En resumen, se trata de convertir una *posibilidad* en una *probabilidad*. Y si lo consiguen, todos sabemos lo que vendrá después.

De lo que quizás no se han percatado los *buenistas* es de que esta clase revolucionaria sustitutiva no va a llevar a cabo una *revolución socialista*, como ellos pretenden, sino una *revolución islámica*. El colectivismo matriz será el mismo, pero la concreción política variará, hasta el punto de que podrán ser engullidos por dicha revolución islámica si esta se produjera, puesto que el ateísmo materialista no está contemplado como un presupuesto ideológico a respetar dentro de la una teocracia musulmana. Esto fue lo que sucedió en el caso de la Revolución Iraní de 1979. Los revolucionarios marxistas colaboraron con los fundamentalistas chiíes para derrocar el régimen despótico del *sha* (emperador persa) Muhammad Reza Pahlavi, aliado de Estados Unidos. Una vez en el poder, la República Islámica dirigida por el *ayatolá* Ruhollah Musaví Jomeini persiguió y eliminó a estos grupos, que no eran compatibles con la dictadura religiosa.

3.13. Feminismo Radical

El Feminismo es otro de los caballos de batalla de la *ideología buenista*. No tanto el Feminismo genuino, el real, el de la Igualdad, el que busca la efectiva igualdad de derechos, expectativas y trato entre Hombres y Mujeres, sin atender a su sexo y a su género, tan sólo en sus capacidades individuales y en su carácter, sin atreverse jamás a codificar ‘cómo’ deben ser los Hombres y ‘cómo’ deben ser las Mujeres. El Feminismo de la *ideología buenista* se basa en la confluencia a su vez de dos tipos de Feminismo diferentes pero relacionados, que, *fusionados*, dan lugar al *Feminismo Buenista* o Feminismo Radical.

El punto de partida es, de nuevo, Rousseau. Este consideraba que las mujeres ‘eran’ de forma innata, natural, más allá de las creaciones sociales. Esta *naturaleza* innata implicaba

que la Mujer fuera dependiente y responsable de transmitir a los niños los valores de la *Virtud*, paso necesario para la creación del *ciudadano total* que ya conocemos. Aunque el papel dependiente del Hombre es algo que rechaza todo Feminismo, el esquema de razonamiento de que la Mujer ‘es’ -por el mero hecho de ser mujer- de una manera diferente a los hombres, y que esto se configura en actitudes, disposiciones, actuaciones y pensamientos concretos es algo matriz para el *Feminismo Buenista*.

Se desarrollan, pues, dos tipos de Feminismo, dejando al margen el ya comentado Feminismo de la Igualdad o Feminismo Liberal:

1. Feminismo Socialista: se trata de una adaptación de la visión marxista al Feminismo. El capitalismo, el interés individual, es el que somete a la Mujer a la explotación y a la subordinación al Hombre. Son las relaciones de producción y la lógica de la ‘lucha de clases’ las que esclavizan a la Mujer y confirman el patriarcado, que se aprovecha de su trabajo. Eliminada la *burguesía* como ‘clase’ las relaciones de producción desaparecerán y, con ello, la subordinación de la Mujer. Esto sólo puede pasar en la medida en que la Mujer, como el Hombre, se disuelva dentro de la colectividad y asuma la identidad del *común*, pues es condición básica para su liberación. Mantener los impulsos egoístas es para la Mujer continuar con la esclavitud. En este sentido, *el único Feminismo posible exige ser socialista*, porque toda actitud individualista es, por ello, Machista. *Capitalismo* y *Machismo* son sinónimos. Al negar el *Yo* la Mujer niega también el Machismo y las relaciones de subordinación que la reducen a un papel secundario.

Se añade aquí a la *Lucha de Clases* la *Lucha de Géneros*, en la que las Mujeres representan el *Socialismo* y los Hombres el

Capitalismo. Por lo tanto, no cabe tregua o pacto posible, las Mujeres deben eliminar el Patriarcado con los Hombres que lo han abandonado o quieren abandonarlo, en un conflicto por el ideario colectivista espartano contra el Patriarcado individualista que somete a todos los seres humanos, y a las mujeres en especial.

2. Feminismo de la Diferencia: para este Feminismo, los Hombres y las Mujeres son esencialmente diferentes. Cada individuo perteneciente a cada categoría, Hombre o Mujer, ‘es’ como señalaba Rousseau, en función de su género y de su sexo. Esto implica que tienen visiones diferentes, valores diferentes y actuaciones diferentes. Los Hombres tienen unos valores inherentes por ser Hombres, como son el individualismo, la competitividad, la agresividad y la violencia, y las Mujeres otros inherentes por ser Mujeres, como el colectivismo, la comprensión, el diálogo, la inteligencia o una mejor comprensión de los sentimientos. Por lo tanto, en coherencia con la visión determinista *por categoría*, los Hombres y las Mujeres parten de puntos de partida diferentes y viven en mundos diferentes.

Como en el caso anterior, la visión del Feminismo de la diferencia contempla a los Hombres y a las Mujeres como grupos compactos que pelean y deben pelear entre sí. Las Mujeres no deben aceptar los valores de los Hombres, porque entonces serían ‘malas mujeres’. Se llega así a un conflicto social y personal para imponer los *valores femeninos* sobre los *valores masculinos*. Por ello la *Igualdad ante la Ley* no debe existir para el caso de las mujeres pues, para desarrollar el ideal colectivista y homogeneizar a la sociedad sobre los valores correctos -los femeninos- hay que aplicar la llamada *Discriminación Positiva*, una fórmula legal que implica otorgar un trato de privilegio a un colectivo para contrarrestar un punto de partida desfavorecido

de origen. En la práctica, se trata de una *Discriminación Negativa* hacia los Hombres que, como *categoría* llevan el ‘peso histórico de la culpa’ por la discriminación que han sufrido las mujeres y deben pagar ahora. Por ello, ante un conflicto entre un Hombre y una Mujer, el Hombre debe ser castigado con una pena mayor por ser tal, y la Mujer debe recibir una protección legal adicional, también por ser tal. Con este tipo de medidas, el discurso *espartano* del Feminismo de la Diferencia se hará global y, por medio de la creación de leyes discriminatorias hacia el Hombre y una agenda política muy marcada, se hará indiscutible e incontrovertible, convirtiéndose en *Machista* automáticamente a cualquiera que se niegue a acatar su dogma, especialmente a las mujeres que no se adaptan a su modelo de *Mujer Ideal* con sus ‘valores femeninos’.

De la *fusión* de ambos postulados surge el Feminismo Radical, que además de enarbolar un discurso ‘de la diferencia’, también esgrime uno de ideología socialista, colectivista, anti-individualista y anti-capitalista. Esto ha sido algo buscado tanto por las feministas de la diferencia como por los Socialistas y Comunistas, creando un producto duro, compacto, coherente y vendible. De esta manera, la ‘lucha por la igualdad de las mujeres’ es la lucha por la *ideología buenista*. Y quien persiga la Igualdad, pero desde ópticas diferentes al Feminismo Radical es un Machista, es *malo*. El Feminismo es colectivista y anti-capitalista, o no es. Se trata de una estrategia para poner contra la espada y la pared al conjunto de la sociedad. Si, por ejemplo, los principales colectivos feministas, que están controlados por el Feminismo Radical, convocan eventos y manifestaciones identificadas con su ideología aunque propagandísticamente afirmen hacerlo para ‘liberar a la mujer’, quienes no suscriban sus manifiestos, no lleven sus banderas, no repitan sus eslóganes o simplemente no se unan a sus huelgas, son todos *machistas*, aunque sean mujeres también. Así que para evitar ser señalado o criticado, ser víctima de la política del miedo, quienes son independientes de criterio se ven obligados a claudicar y

engrosar la lista de compañeros de viaje de la ideología totalitaria del *Buenismo*.

Lo mismo sucede con el modelo de Mujer creado por el Feminismo Radical, totalmente opuesto a la maternidad y a la familia. Como las mujeres, por el hecho de ser mujeres, están obligadas a asumir los valores del *Feminismo* (así lo llaman, sin apellidos, tratando de monopolizar el significante vacío a su beneficio para excluir del término a las ideas diferentes) o a ser señaladas como *malas feministas* o como *malas mujeres* o *no-mujeres*. Al diseñar una ideología única englobada dentro de otra mucho mayor, el Feminismo Radical se presenta como una expresión verdaderamente peligrosa, por la capacidad movilizadora que posee y por la vigencia entre las élites que quieren conservar su poder de sus postulados, del Totalitarismo de la *ideología del Buenismo*.

Porque el Feminismo de verdad es aquel que busca igualdad efectiva entre Hombres y Mujeres y que no los valora en función de que sean pertenecientes o no a cada categoría, sino sola y exclusivamente en función de quiénes son como personas individuales, se llamen María o Manuel. Al valorar a los individuos y no a categorías abstractas, se consigue la libertad real, que es la creación de valores y sentimientos propios. El Feminismo Radical diseña unos valores incuestionables y dogmáticos, los prescribe, los impone, decide quién es feminista y quién es machista arbitrariamente, y persigue al *disidente* que se niega a someterse.

Es en base a este razonamiento que cobran vigencia los significantes vacíos creados por el *Buenismo* para criminalizar a sus enemigos. Los principales son *Neoliberal* y *Micromachismo*. Durante muchos años lo ha sido *Fascista*, que se empleaba y se emplea aún hoy en día para insultar y descalificar a cualquiera que no sea *buenista*, al margen de que las ideas coincidan o no con la doctrina socialista revolucionaria y nacionalista elaborada por Benito Mussolini para la Italia de posguerra. Al empezar este término a dar señales de agotamiento, se sacaron de la

manga *Neoliberal*, auténtico cajón de sastre que recoge el testigo de *Fascista* y sirve para condenar inquisitorialmente a quienes no sigan los dogmas del *Pensamiento Único*. Se llega incluso a la aberración iletrada del *Fascismo neoliberal*, ocurrencia insólita donde las haya, que pretende meter dentro del mismo término a socialistas revolucionarios nacionalistas junto con individualistas reformistas anti-estatalistas. Curiosamente actúan siguiendo las enseñanzas de Josep Goebbels, Ministro de Propaganda del Tercer Reich, cuando señaló que el éxito de una buena propaganda está en unir a todos los enemigos bajo un mismo concepto fácil de asimilar por las masas y generalizarlo hasta tal punto que el concepto ficticio y simple sea válido para definir realidades complejas y contradictorias entre sí.

Micromachismo es un término que tiene una matriz más inquisitorial y persecutoria del *hereje*. Como al término *Machista* le ha sucedido algo parecido que al término *Fascista*, el Feminismo Radical ha tenido que crear otro término, *Micromachismo*, para tratar de alcanzar cualquier matiz de comportamiento, por minúsculo y pueril que sea, susceptible de ser criminalizado por la ideología. De esta manera, al alcanzar y criminalizar absolutamente todo lo que diga o haga un Hombre por el mero hecho de proceder de él, se afirma el modelo de valores de la *Mujer Virtuosa* y se consigue el objetivo primordial del Feminismo Radical: controlar, codificar y planificar las conductas y los pensamientos de todas las personas, sean hombres o mujeres.

3.14. Privilegio a las Minorías

Este aspecto bebe de la lógica de los anteriores, como el Islam político, el Feminismo Radical o la Inmigración ilegal. Al perderse el *Proletariado* como *clase revolucionaria* y, por ende, como materia prima de la misma, hay que buscar un sustituto. O varios. Lo cierto es que en las modernas sociedades avanzadas, la población, sean ‘obreros’ o no, busca principalmente libertad individual y bienestar social como condiciones indispensables

para disfrutar de la vida. Algo absolutamente lógico y, además, recomendable. Los *buenistas* entienden que el ‘obrero’ aspira a lo mismo, carece de *conciencia de clase* y que no comparte las utopías revolucionarias, algo a lo que sólo consagran sus vidas unos pocos activistas incansables.

¿Dónde buscar entonces? No en la Clase Media. Nunca ahí. Les rechazarán en su gran mayoría. ¿Dónde? En los sectores sociales más susceptibles de sentirse desplazados o no incluidos en la sociedad del bienestar. Inmigrantes ilegales, musulmanes y miembros de otras confesiones minoritarias, las *mujeres* (término que se emplea aquí hechas las consideraciones del apartado anterior), etnias sociales... Minorías en definitiva que no son englobables dentro de la idea general de *Clase Media*. Apunte importante: se emplea el término ‘Clase Media’ como algo orientativo y por economía léxica, en el sentido que comúnmente se le puede dar en un lenguaje coloquial, para facilitar el entendimiento por parte del lector; en ningún modo supone la traslación a esta exposición de la lógica ‘de clases’ marxista y común al *Buenismo*, que es objeto de análisis aquí.

¿Y la mejor forma de lograrlo? Preocupándose por otorgarles privilegios en detrimento de la Clase Media mayoritaria y favoreciendo la *Discriminación Positiva* para estos grupos y la *Discriminación Negativa* para los demás. Así, bajo el falso propósito de defender los intereses e identidades de estos grupos, lo que se produce es una instrumentalización por parte de la *ideología buenista* para adquirir una masa social que asimile su mensaje y que, con el tiempo, se disuelva dentro de la ideología colectivista común. El interés primordial no es que estas minorías se integren dentro del cuerpo social; al revés, es que su aislamiento, su pobreza y su sufrimiento sea cada vez mayor para que se movilicen políticamente y se pongan en manos de los partidos, grupos de presión y plataformas de *ideología buenista*, que catalizarán sus intereses y sus reivindicaciones para *fundirlas* con las suyas, de manera que, como con el Islam, el Feminismo o la Inmigración, cualquier crítica hacia la *ideología buenista* lo sea

automáticamente a ojos de la población una crítica a la libertad religiosa, a la igualdad de género, a la dignidad de todos los seres humanos o a la integración de las minorías.

Esto tiene como resultado un sentimiento de sentirse huérfano de su clase política por parte del conjunto mayoritario de los ciudadanos. Porque estas políticas deliberadamente discriminatorias e injustas no buscan solucionar las vicisitudes de los grupos más desfavorecidos, que es el deber social de todos los políticos -o debería serlo- sino otorgarles una situación de privilegio en detrimento de la Clase Media, que es la que saca adelante al país todos los días. Da exactamente igual que se haya estado cotizando durante años, o que se esté en una situación realmente dramática, la *comprensión moral* de la Clase Política y de la *ideología buenista* siempre irá primero para las minorías antes que para nadie más. No se trata sólo de un apoyo material o de justicia económica, se trata de que los integrantes de la indefinida 'clase media' sientan que son objeto de las preocupaciones de los representantes que eligen, en vez de ser víctimas de políticas propagandísticas dirigidas a captar votos para asegurar su Poder.

3.15. Dictadura de lo Políticamente Correcto

Todas estas notas toman una forma particular que se impone, también, de una forma particular. El *Buenismo*, como hemos señalado, debe atender al fanatismo sentimental y a la manipulación del subconsciente para hacer valer sus postulados. Una fórmula extremadamente efectiva ha sido capitalizar el término *Progreso*. Porque 'Progreso' es lo que decide la *ideología buenista* que es, no lo que entienda cualquiera por ello. El que suscribe los postulados *buenistas* es 'progresista', el que no es 'rancio', 'conservador' o cualquier otro descalificativo utilizado al efecto. Y como la sociedad tiene que progresar indefectiblemente, obligatoriamente habrá que aceptar como verdad de verdades la *ideología buenista*, porque es el faro que guía a la Humanidad por la senda del camino correcto hacia las

libertades, hacia la igualdad y hacia la solución de todos los males que azotan a este mundo miserable.

Así las cosas, nadie puede negar la mayor al *Buenismo* sin miedo a ser tachado de lo peor, una forma de sometimiento sutil pero inmensamente eficaz, porque en última instancia es el individuo el que propiamente se autocensura y asume, aunque sea pasivamente, el dogma. Siguiendo el proceso descrito al inicio, las élites y los poderes fácticos asumen e imponen por medio de la *Dictadura de lo Políticamente Correcto* la ideología única que debe disciplinar a las masas y mantenerlas en el redil, aunque esta se venda como revolucionaria y contestataria, su objetivo final es todo lo contrario, que nadie revolucione nada y que nadie conteste a nada. Por medio del control omnímodo y aparentemente inmaterial y abstracto, la ideología única establece unos códigos de comportamiento, de pensamiento y de sentimiento que todos deben aceptar, so pena de condena social, aislamiento y ‘desintegración vital’. Las ideas contrarias son criminalizadas desde las altas instancias hasta el punto que ser definido según dichos términos constituye un insulto que cada menos gente tolera que se utilice contra ellos.

Estos códigos son hábilmente empleados por los grupos de presión, los partidos políticos, las instituciones y los poderes fácticos para aborregar a la población y crearles, desde su más tierna infancia, un estado mental proclive a asumir acríticamente estas ideas porque concuerdan con los valores inculcados desde que son tan pequeños que no tienen capacidad para razonar adecuadamente sobre cuestiones tan complejas. Cada vez son más los que renuncian a pensar por sí mismos para entregarse a la ideología colectiva porque, a fin de cuentas, es más cómodo que estar todo el tiempo en tensión, resistiéndose por lo que uno cree, aunque sea la libertad individual. La tendencia al gregarismo es subvencionada por las autoridades al por mayor para que el sistema adquiera una coherencia redonda en sí misma.

Ya sea por cansancio o por desesperación, muchos

ciudadanos de a pie se convencen de o esperan que si se callan y *no molestan* no les pasará nada. No crecen cruzados debajo de los árboles. Este sometimiento se ha ido imponiendo progresivamente y, en diez años, ha realizado un avance espectacular. Ahora hay que vigilar lo que se dice y lo que se hace, los chistes que se cuentan o las confidencias que se comentan, las referencias que se hacen y a quién se hacen. No sea que algún grupo, institución o colectivo desee hacer uso de su poder contra ti y arruinar te la vida. Los códigos de conducta dan el salto a la Ley, que opta por la *sobre-punición* para obligar a los ciudadanos a ser de una forma determinada. Se trata de una cultura legal y social que vive en la histeria permanente, indignándose por las cuestiones más triviales en vez de por aquellas que realmente lo merecen. La autocensura y la autocontención se identifican con la *virtud* ciudadana, pavimentando el camino hacia el Estado Totalitario del siglo XXI. No hay torturas físicas ni matanzas. No hacen falta ya. La sociedad de la información ha desarrollado técnicas más refinadas para conseguir el sometimiento y la despersonalización. Todo con un objetivo final: una sociedad con un Pensamiento único.

3.16. Pensamiento Único

El fin último para el que existe la *Dictadura de lo Políticamente Correcto*. El Pensamiento único es el cemento que puede mantener unidas las sociedades en el siglo XXI, al parecer de los *buenistas*, dada su creciente complejidad. Donde se reivindica diversidad y multiculturalidad, lo que se persigue realmente es la unidimensionalidad. El *ser-especie* marxista es el *ser multicultural*, no porque valore otras culturas, sino porque bajo el significativo vacío de *multiculturalidad* se pueden cobijar todos los elementos de las nuevas clases revolucionarias sustitutivas del Proletariado. Tanto más si se analiza detenidamente la cuestión. *Multiculturalidad* debiera ser *multi-individualidad*, dado que implicaría el respeto a una diversidad genuina caracterizada por

el ‘dejar hacer’ y el ‘dejar vivir’. Pero no puede ser así si la ideología que se esconde detrás de este signifiante, en gran medida propagandístico, persigue la negación de los individuos y de sus libertades para *ser* según sus deseos.

El Pensamiento Único, pues, entiende la multiculturalidad no como una diversidad real, sino como un instrumento para atacar la cultura que mantiene unidos a los países y conseguir así, como con su apoyo a las minorías, la desestabilización del sistema político y, en última instancia, la voladura del régimen político de turno para alcanzar ellos el Poder. Todos, absolutamente todos los proyectos que se ponen en marcha por los ideólogos del *Buenismo* persiguen esto. Porque toda sociedad que respete a las personas individuales y dignifique a los ciudadanos está unida por una cultura. Y la cultura, pese a su imperfección, de los Estados Parlamentarios occidentales, se basa en el pluralismo político, el *Estado de Derecho* y el *Imperio de la Ley*. Al dar cabida y promoción a algunas culturas que rechazan estos y que incluso han anunciado a bombo y platillo su propósito de aniquilarlo, la criminalidad del *Buenismo* vuelve a ponerse de manifiesto a un nivel realmente crudo. Enmascarada bajo los lemas de la *tolerancia* y el *humanitarismo*, la ideología total fomenta esta idea abstracta para forzar el suicidio de las sociedades y de los individuos, culpándolos a ellos de los males de la sociedad y sometiénolos a una *cultura de redención continua*, redención que sólo cabe culminar por medio del sometimiento absoluto a la *ideología buenista*.

Esto va de la mano de unos valores que fomentan ese sometimiento y esa debilidad. Por eso todos los valores referidos a la lucha, la fortaleza, la libertad, la independencia, el esfuerzo, el mérito, el control, el dominio de las circunstancias, el éxito, la ambición positiva, la promoción o la liberalidad son condenados por el *Buenismo*. Para alcanzar su utopía criminal colectiva, deben menoscabar a las personas fuertes, independientes y exitosas para ensalzar a los débiles, los fracasados, los vagos, los mediocres y los ignorantes. Saben que

los primeros se resistirán a sus proyectos homogeneizadores, y que los segundos los apoyarán en masa al entender que con ellos se verán *apesebrados*, subvencionados y elevados a la categoría de *seres* objeto de admiración. El *Buenismo* diseña una sociedad en la que el trabajo y el mérito no tengan recompensa, es más, en la que sean despojados de toda grandeza y perseguidos. Se trata, como señalara Nietzsche, de la *moral del resentido*, que como carece de fuerza, capacidad y voluntad para crecer en la vida por sí mismo, no busca mejorar sino empeorar las condiciones de los que están a su alrededor para que sean igual de miserables que él. Una mentalidad que busca la *igualación hacia abajo*, el reparto de la miseria. Por un motivo muy sencillo: porque es el medio necesario para que el *colectivismo espartano* triunfe y los individuos como realidad particular desaparezcan.

Las élites que asimilan el *Buenismo* como ideología entienden que este modelo de *ser miserable* es el que necesitan para seguir en el Poder. Aunque ello suponga que la sociedad se ahogue en la inmundicia y que el progreso que tanto dicen perseguir se convierta en una broma bastarda que esconde la mediocridad y el fracaso crónico. Esta es una de las razones por las que multitud de jóvenes emigran de España a otros países. A otros sitios donde les valoren adecuadamente y no les sometan a la ignorancia y a la carencia de objetivos vitales. El sistema educativo, controlado por la *ideología buenista*, está diseñado precisamente para erradicar el individualismo y crear buenos burócratas, personas grises que hagan lo que se les dice y no pregunten por qué. El falseamiento de las estadísticas de superación de los cursos, los aprobados exprés y sin merecerlo para cumplir con los parámetros planificados, el fracaso escolar endémico, la formación mediocre e inútil, los profesores mínimamente motivados... Todo forma parte de los resultados previstos por una ideología que implementa unas políticas que quieren esto mismo.

Y los obtienen: individuos alienados y sin la formación adecuada para competir, con escasa o nula voluntad de

ambición, prestos a vivir de forma cómoda, hacer lo que les digan y esclavos del *fast thinking*, del placer momentáneo y del goce en la infantilización enfermiza de la sociedad. Seres iguales, producidos en serie en una cadena de montaje, homogéneos, uniformes, aburridos. El *individuo total*, el *ser-especie*, el *ser-colectivo*, la *Virtud roussoniana*.

4

**DEL BUENISMO CRIMINAL AL
TOTALITARISMO DEL SIGLO XXI**

El *Buenismo Criminal* es algo ya instalado en las sociedades y sistemas políticos y jurídicos actuales. Aunque ha tomado otras formas más modernas, su naturaleza intrínseca permanece invariable, tanto ahora más letal por cuanto se ha revestido con los ropajes de causas que millones de personas están dispuestas a apoyar, sin saber que van derechas al matadero. A un matadero literal, se manifieste este en el asesinato físico o en el *asesinato espiritual*, que es toda negación de la autoafirmación del individuo. Algo inevitable en una filosofía que identifica *Virtud* con *Bien* en un sentido racionalista. Si *Virtud* es *Bien*, y *Bien* es *Verdad* a nivel ‘científico’ y ‘objetivo’, toda puesta en cuestión de dicha *verdad buena* está obligatoriamente en un error. Y si *Verdad* es *Voluntad General*, algo siempre correcto sobre lo que no cabe discrepancia, las voluntades individuales son insignificantes y dañinas.

La actual obsesión por los ‘consensos’ es una muestra de todo esto. Al reglamentarse las sociedades por unos valores ‘absolutos’, no cabe disentir de los mismos y sí criminalizar a quien osa lanzar una crítica o mostrar su desacuerdo, lo que a su vez será bueno porque se está actuando para salvaguardar la *Voluntad General* de quienes guiados por el error, la deliberada idea de hacer daño al cuerpo social o los intereses individuales, espurios y egoístas, quieren destruirla rompiendo ese ‘consenso común’ y creando facciones que son anatema para la *Verdad*

Absoluta.

Es lo que sucede con las llamadas ‘Democracias Iliberales’, idea desarrollada por el escritor indo-estadounidense Fareed Zakaria, y concepto relacionado con la ‘Democracia Totalitaria’ del historiador israelí Yaakov Talmón. Se trata de sistemas autoritarios o totalitarios que, bajo los ropajes de la Democracia Liberal (caracterizada por el Estado de Derecho, el Parlamentarismo, el Imperio de la Ley y los Derechos Individuales) esconden el llamado *autoritarismo por consenso*, que se diseña como una ideología colectivista anti-individualista, destinada a ‘superar’ todos los conflictos intracomunitarios por medio de la eliminación de la autoexpresión del individuo y la exaltación de la identidad comunitaria uniforme. Se define a quien no comparte el ideal comunitario como *enemigo* y se le relaciona con los enemigos globales y abstractos creados por el discurso político que apuntala el régimen.

El rechazo de lo *extranjero*, de lo ajeno, de lo que no se adapta, es elevado hasta el punto de que no se busca el cumplimiento de las leyes que una comunidad crea para gobernarse a sí misma, sino el *sometimiento del espíritu* personal a la verdad colectiva y a los consensos ideológicos del régimen de turno. Y aunque existen constituciones, parlamentos, tribunales, leyes, etc; no son independientes ni tienen existencia por sí mismos, sino que son correas de transmisión de la ideología colectiva. No son las garantías individuales las que tienen que ser protegidas, sino la cohesión ideológica de la comunidad (que es lo *bueno*) frente al individualismo (que es lo *malo*). Desde este punto de vista, como la Comunidad es *libertad* y el individuo es *tiranía*, se puede asesinar, torturar, encarcelar, exiliar o deportar a quien sea que ‘atenta’ contra la comunidad por no someterse a las normas trazadas por los arquitectos del consenso porque esto será siempre *bueno*. Dejar que la *Comunidad* perezca abriendo la mano a una visión de la libertad como ‘dejar hacer, dejar pensar, dejar opinar’ será algo anti-libertario según su idea de libertad, que es el sometimiento a la *Comunidad*. Por eso,

cuando las ‘Democracias Iliberales o Totalitarias’ encarcelan a los opositores o los liquidan, lo único que están haciendo es aplicar su idea de ‘libertad’.

Ejemplos de estos sistemas encuentran sus manifestaciones más paradigmáticas en Estados como la Federación Rusa, la República de Turquía, la República Bolivariana de Venezuela o el gobierno del Viktor Orban en Hungría entre algunos ejemplos, dejando aparte los declarados sistemas totalitarios a la vieja usanza como la República de Cuba, la República Popular China o la República Popular Democrática de Corea. Rusia, heredera directa de la Unión Soviética, en la que los antiguos *chekistas* tienen un poder omnímodo, ha generado una nueva-vieja identidad eslavo-reaccionaria dentro de un comunitarismo patriótico y celoso de sí mismo, y vigilante hipocondríaco de ‘Occidente’. No se busca que los individuos tengan conciencia política o individual, o que sean responsables como ciudadanos maduros, sino que sean obedientes apéndices del Estado. Algo similar sucede con Turquía o con la Hungría del Orban. Turquía ha desarrollado un Islamismo político paternalista pero fuertemente autoritario, con tintes patrióticos, muy similar al nacionalismo populista de las autoridades rusas. Orban ha declarado explícitamente su intención del abandono del modelo de ‘Democracia Liberal’ en favor de los *modelos iliberales*, proyecto al que se ha encaminado mediante reformas del Poder Judicial para someterlo al Ejecutivo, la aprobación de la nueva Constitución en 2011 y el recorte de la *Libertad de Prensa*. Exactamente igual que los modelos de Rusia y Turquía. Este Populismo Nacionalista y etnocéntrico es otro apéndice del *Buenismo Criminal*, que, aunque con diferencias de matiz, mantiene inalterable el ideario colectivista y trata de dinamitar los elementos democráticos del Estado de Derecho generando para ello una eficaz movilización política apoyada en el descontento y en control de los medios de comunicación con la idea de forjar un *consenso inapelable* sobre la ‘realidad’.

Situación similar se da en la *Revolución Bolivariana* chavista en

Venezuela y en el sistema creado por Evo Morales en Bolivia. Ambos procesos revolucionarios han dado lugar a regímenes socialistas nacionalistas, hostiles a cualquier influencia extranjerizante, en los que la identificación del ‘pueblo’ con la ideología oficialista excluye violentamente todo lo demás. No se trata tan sólo de una violencia física, sino de una *violencia moral*, que ‘criminaliza’ las posturas adversas o simplemente plurales, tachándolas de *ajenas al pueblo y contrarias al pueblo*. En otras palabras, no incluidas dentro del consenso creado por las nuevas autoridades. Al ocupar todo el espacio de vida ideológica de una sociedad, este consenso se hace tan fuerte que es extremadamente difícil romperlo a no ser que las contradicciones y falacias de estos sistemas hagan saltar los remaches y den munición a los grupos opositores, como sucede ahora en Venezuela o Nicaragua.

Con más éxito o menos, y al margen de su retórica oficial, se trata de sistemas políticos *genuinamente* totalitarios, autoritarios e iliberales, por cuanto su base principal, común e irrenunciable es la *destrucción del individuo* y la hiper-exaltación de la Comunidad. Una hiper-exaltación que sirve de coartada y *leitmotiv* para el control de todos los aspectos de la sociedad (empresas, medios de comunicación, gestión de recursos, etc) para someterla a los dictados de los *gurús* políticos del momento. En el fondo, se trata de un razonamiento fácil: si controlas el dinero de los ciudadanos, decides cuando compran y qué compran, qué comen y cuándo comen, si tienen luz y agua corriente en sus casas o no, qué pueden escribir, publicar y decir y qué no, controlas la sociedad. Lógicamente, no presentarán para ello razones así de crudas, sino que buscarán incansablemente legitimarse en un cuerpo ideológico colectivista coherente que haga creer a la población que la están liberando y protegiendo cuando en el fondo la están sometiendo. Es el mismo razonamiento que una potencia militar ocupante aplica cuando afirma que le está haciendo un favor a otra invadiéndola.

No hay que caer nunca en la tentación de pensar que se trata

sólo de individuos sedientos de Poder. Aunque hay sed de Poder efectivamente, se trata también de activistas duros, disciplinados, despiadados e implacables, ideológicamente muy motivados, que están convencidos realmente de que hacen un *bien* a su sociedad aplicando las políticas que aplican. El respaldo de la *bondad* de la idea proporciona la ‘excusa absolutoria’ perfecta para no pensar que lo que hacen está mal o de que se trata de hechos criminales. Si la idea no es criminal, los hechos que definen su aplicación tampoco pueden serlo. Es un razonamiento sólido. Por lo tanto, sólo podrá aceptarse que los hechos son criminales cuando se acepta también que la idea misma es criminal. Entrar en el juego de los propagandistas de que, aunque se ha cometido algún exceso que otro, la idea en sí es buena y, por lo tanto, susceptible de ser aplicada con éxito en el futuro, es pavimentar el camino hacia el autoengaño, la repetición de errores y la muerte de la libertad.

Es preciso ser franco con esto. Por ejemplo, cuando los comunistas modernos ‘salvan’ su ideología con este argumento, abren la puerta a repetir su tiranía en otros contextos. Esto es un hecho incontrovertible. El Nacional-socialismo, por ejemplo, se trató de una ideología criminal. No es que se aplicara mal, es que era una empresa criminal diseñada por criminales. Y no puede aplicarse de otra forma que no sea esa, porque toda aplicación dará lugar a un resultado siempre criminal. Lo mismo sucede con el Comunismo. La aplicación fue criminal porque la ideología es criminal. No puede definirse de otra forma un planteamiento que persigue destruir la individualidad de las personas y asesinar en masa a grupos enteros. Sea cual sea el contexto. Sea cual sea la época. El resultado es el mismo. De Rusia a Etiopía. De Camboya a Cuba. Dictadura, miseria y asesinato.

El *Buenismo*, aunque resulte difícil de aceptar por el lavado de cerebro al que se nos ha sometido, en tanto que último heredero de estos planteamientos, es también una empresa criminal. La categorización, el dogma, el radicalismo, el fanatismo, el odio a

los grupos sociales, la destrucción de los países, de los Parlamentos y de las culturas son hechos criminales. Los *buenistas* son *tan buenos, tan buenos, tan buenos*, que son *malos*. Eso se define así en función de la escala de valores que uno asuma. Y si uno asume una escala basada en la Libertad, en la dignidad humana, en el respeto por las personas individuales y en el respeto mutuo como motor de una convivencia efectiva y viable, no puede dejar de considerar el *Buenismo* como lo que es.

5

CONCLUSIONES

Se pueda definir con unos contornos delimitados o no, todos entendemos qué es el *Buenismo*. Se trata de una actitud psicológica, sí, mas también como hemos visto de una visión coherente -todo lo coherente que pueda ser la eliminación de los rasgos de las personas individuales- del mundo y de un sistema de valores. Se está imponiendo, sí, pero acosta de la pasividad, del miedo y de la parálisis de una inmensa mayoría de ciudadanos que no piensan así. Esta y no otra es la realidad. Dejarse seducir por el *Buenismo* es mucho más fácil que combatir contra él. Y ojo, combatir contra él no es estar en contra de la solución a los problemas que ellos señalan, es estar en contra de ‘su’ solución al problema, de la mentira, la falacia y la distorsión interesada de las cosas para que no quepa más discurso que ese.

El auge del Buenismo es un síntoma de algo, quizás, más grave aún: la falta de ejercicio de sus derechos por parte del ciudadano. Se nos ha educado en unos valores que pregonan a los cuatro vientos que hay que desentenderse de los asuntos públicos a nivel individual porque el Estado y el Gobierno ya lo harán por nosotros, a la par que se ha fomentado una visión del Estado como algo omnímodo y todopoderoso que siempre acaba ganando más pronto o más tarde en el combate contra el ciudadano de a pie, pequeño e impotente. Las democracias mueren cuando los ciudadanos hacen esto. Por ello se nos ha podido ‘colar’ la ideología buenista hábilmente instrumentalizada por las élites ante nuestras mismas narices. En

una Democracia sana con una ciudadanía comprometida esto jamás hubiera sido posible. Pero la culpa no es tanto de los ciudadanos como del lavado de cerebro que se ha llevado a cabo desde la Educación y los medios de comunicación de masas - algunos, no todos-, haciéndonos renunciar a la certeza de que nuestra movilización sirve para algo, como paso previo para despojarnos una a una de nuestras capacidades para ejercer una ciudadanía efectiva. Todo listo para la disolución de la personalidad.

Conociendo los auténticos objetivos del Buenismo, es imperativo movilizarse contra él. Superando con creces los actos de *resistencia cotidiana* o las charlas de barra de bar. Para ello hay que emplear un planteamiento alternativo basado en unos valores muy diferentes a los que la ideología buenista ha vendido como los únicos posibles. Un planteamiento que ponga al descubierto la verdadera naturaleza criminal del Buenismo y, a la vez, se afirme como una visión más coherente aún para aspirar conducir a la sociedad por el camino correcto. El camino de la profundización de los derechos individuales y sociales, de la libertad económica y de los medios de comunicación, donde se respete la Ley y cada cual pueda vivir como quiera sin perjudicar la conjunto de la sociedad. Y lo más importante, en la que el Estado y los Gobernantes estén al servicio de los ciudadanos, potenciado su capacidad de acción y reivindicación, no sometidos a las tiranías burocráticas que hoy día definen a las supuestas ‘democracias’, tan orgullosas de decir que lo son.

El triunfo definitivo de *Atenas* sobre *Esparta*. Del *Individualismo* sobre el *Colectivismo*. La alternativa al Colectivismo buenista exige ser Humanista. Humanista en el sentido de preocuparse por las personas individuales, por su sueños, sus inquietudes, sus emociones, sus aspiraciones, sus necesidades, por toda la compleja dimensión que puede albergar una persona singular, y no por colectivos abstractos vagamente definidos que en el fondo esconden propósitos de dominio y mordaza sobre los individuos. Los Gobiernos tienen la obligación de

preocuparse principalmente por aquellos a quienes representan, sabiendo que nunca pueden cruzar la línea de empeorar las condiciones de vida de los suyos para sacrificarlos en aras de utopías ideológicas cualesquiera. Los puntos de partida y de llegada son opuestos.

El Humanismo debe señalar sin pudor las taras que nos han traído hasta aquí. La verdadera causa de nuestros problemas. Quitando a los políticos, a los grupos de presión, a las empresas, a las otras potencias... Debajo de todo eso está la clave. La causa de todo. Nos hemos guiado por los valores equivocados. Nos hemos guiado por los valores del Buenismo, sin que este - por fortuna- haya conseguido aún implantarse del todo. Unos valores que lo único que han generado ha sido mediocridad, odio y envidia. La *filosofía del resentido y del crápula*. La psicología del perdedor eterno y del infeliz crónico. Como una droga, se nos ha creado esta necesidad. La necesidad de odiar y de estar siempre descontentos con todo y con todos. La necesidad de responsabilizar a otros cuando deberíamos responsabilizarnos a nosotros mismos. La necesidad de que líderes sectarios nos digan qué hacer y que pensar, en vez de atrevernos a hacerlo por nosotros mismos. La necesidad de fabricar vagos y estómagos agradecidos en vez de tener las agallas de esforzarnos y triunfar nosotros para vivir nuestra vida como si no hubiera un mañana.

A las manipulaciones y chantajes de Buenismo hay que responder con una Revolución de Valores. Una Revolución sana que destierre la equivalencia de la ideología buenista, que afirma amar a toda la Humanidad y que en realidad odia a las personas individuales. A las personas no hay que amarlas u odiarlas. Ninguna ideología puede hacer eso porque sólo aman u odian los seres individuales. Las personas tienen que ser respetadas en su libertad para que puedan sentir como quieran. Porque su libertad es la nuestra, hermanada con la solidaridad que la comunidad tiene que tener entre sí y entre sus diferentes individualidades. Cuando los dogmas sectarios anulan la

individualidad y la libertad sabemos lo que ocurre. Millones de muertos, esclavos y represaliados lo atestiguan. No lo olvidemos nunca.

ACERCA DEL AUTOR

Pablo Gea Congosto es es Abogado, Coordinador General del partido político Despertar Social, así como Director y Editor del periódico La Iniciativa. Graduado en Derecho por la Universidad de Sevilla, Máster en Derecho Público y Máster en Abogacía por la misma universidad; Diploma de Especialización en Análisis del Terrorismo Yihadista, Insurgencias y Movimientos Radicales y Máster en Comunicación Política y Gestión de Campañas Electorales por la Universidad Pablo Olavide de Sevilla.

También es autor del libro *El nacimiento del Hombre Nuevo. Personas, no Ideologías* (Círculo Rojo, 2016), así como de *El camino hacia el imperio: el tránsito de la República al Principado romano* (Beers & Politics, 2021). Compagina la Escritura con su formación no sólo como Jurista, sino en otras ramas del saber, especialmente enfocado en Ciencias Sociales y Humanidades. Ha publicado en revistas especializadas estudios relativos al Derecho y la Geopolítica. Igualmente, colabora en diversos medios de comunicación, principalmente como analista político, legal, histórico y de la actualidad. Actualmente desarrolla su tesis doctoral en Historia Contemporánea sobre el Comunismo y el Nacionalsocialismo como movimientos revolucionarios y sistemas totalitarios en la Universidad de Sevilla.

@Pablo_GCO

ACERCA DE LA COLECCIÓN

La colección “Sacar del cajón”, de Ediciones Beers&Politics pretende ser un escaparate para que artículos inéditos, documentos sueltos, ideas no publicadas, trabajos de final de grado o trabajos de final de master, debidamente adaptados a un formato divulgativo, puedan mostrarse y no se pierdan dentro de los cajones o de las carpetas olvidadas de nuestros ordenadores.

Pensamos que hay muchísimo conocimiento que debe darse a conocer, y mucho talento oculto, y que es una lástima que se quede en esos cajones y carpetas. Es por eso que queremos sacarlo a la luz.

Se trata de libros cortos, de 10.000 a 15.000 palabras, sobre temas variados respecto a la política y la comunicación política que creemos serán interesantes para nuestros/as lectores/as. Se publican en PDF en nuestra web y con su propio ISBN en formato libro y ebook en Amazon (.com y .es, entre muchos otros), donde podéis adquirirlo a un precio simbólico.

Si también tienes uno de estos textos perdidos y quieres publicarlo para que tu esfuerzo no quede en el olvido, escríbenos a info@beersandpolitics.com.

ACERCA DE BEERS&POLÍTICS

Los Beers&Politics nacieron el 30 de mayo de 2008, cuando Juan Víctor Izquierdo y Xavier Peytibi, después de conocerse en un seminario en Madrid, quisieron quedar en su ciudad, Barcelona, y en su barrio, Gràcia. Y ya que estaban, pensaron en llamar a más gente para tomar unas cervezas, especialmente a bloggers que seguían y que, como ellos, hablaban de comunicación política. De broma, surgió el nombre: Beers&Politics, que ya se quedó.

Desde 2010 se empezaron a celebrar encuentros en ciudades de todo el mundo, cuando gente interesante pidió hacerlo en sus bares favoritos. Hoy, se celebran en 70 ciudades.

Como “se aburrían”, se crearon diferentes proyectos para dar a conocer la comunicación política y la política, como la web de discursos, y varias revistas, monográficos, listados de películas y libros, centenares de artículos sobre política y compol, y otros 26 proyectos, en una web que ha llegado a alcanzar 35.000 visitas mensuales.

Entre todos esos proyectos, esta humilde editorial propia, que empezó lanzando 30 libros clásicos gratuitos libres de derechos a finales de 2017, y esta colección de libros cortos para dar a conocer temas interesantes (desde finales de 2019), y que coordina Xavier Peytibi, con portadas de Àlex Comes.

OTROS NÚMEROS DE LA COLECCIÓN

1. **Seis historias que explican la victoria de Donald Trump.** XAVIER PEYTIBI
2. **La decoración de la Casa Blanca por Jacqueline Kennedy.** ANA POLO
3. **El consumo como forma de participación política.** ANDREA DE LA MANO
4. **La geopolítica en la reconquista de la Luna.** SONIA LLORET
5. **Facebook como arma política. Orígenes, técnicas y ejemplos.** GABRIEL NAVALES
6. **El caso de 'las madres de la Diabetes'. De petición online a ley.** RODRIGO DE CASAS y GONZALO INCHAUSPE
7. **La campaña de contraste digital: la nueva arena de batalla electoral.** ANDRÉS ELÍAS
8. **Los recursos naturales en África subsahariana: ¿maldición o solución?.** DANIEL RUIZ TRINIDAD
9. **Deliberación y participación para una América Latina inclusiva.** WILSON SANDOVAL
10. **Dos intentos de toma del poder: del 23F al alzamiento turco de 2016.** ALBERTO TÍSCAR
11. **La comunicación de Tabaré Vázquez en Uruguay (2005-2010).** MARCEL LHERMITTE
12. **Comunicación política en Instagram: Ada Colau, Joan Ribó y Manuela Carmena.** JORDI VELERT
13. **Conocimiento libre y construcción colectiva de la sociedad.** RAMÓN RAMÓN
14. **Primavera árabe: sorpresa, esperanza, contagio y desilusión.** ADRIÁN PÉREZ PÉREZ
15. **Donald Trump y los medios de comunicación: una relación de amor-odio.** GERMÁN ZAMBRANA
16. **Una revisión crítica de *Surveiller et Punir* y la concepción del poder en Michel Foucault.** YESURÚN MORENO
17. **El futuro en llamas: Greta Thunberg y *Fridays for Future*.** SÍLVIA DÍAZ PÉREZ
18. **La identidad nacional española en Andalucía.** DANIEL VALDIVIA ALONSO
19. **Una introducción al modelo gnóstico de Eric Voegelin: entre la omnipotencia y el feminismo.** ÁLVARO NARVA GIL
20. **El camino hacia el imperio: el tránsito de la República al Principado romano.** PABLO GEA
21. **Afganistán en guerra (1978-2021). El descenso a la oscuridad.** MIGUEL CANDELAS
22. **La Covid-19 en la globalización y la revalorización del Estado.** JULIO LUCENA
23. **El fenómeno Abel Caballero. Ejecución de una campaña permanente.** ALEX FERNÁNDEZ GARRIDO

24. **La Renta Básica Universal ante la crisis de la sociedad del trabajo.** INÉS ECHEVARRÍA GARCÍA
25. **El impacto de las primarias socialistas de 2017 en redes sociales.** MARCOS DE LA MORENA
26. **El papel de la mujer en el protocolo ceremonial japonés.** ROCÍO TORRONTERAS
27. **El paradigma del antagonismo populista: el mitin de Vox en Vallecas.** PEDRO MIGUEL PORTAS-BREDA
28. **El carisma de Xi Jinping en la China moderna.** ANDER LÓPEZ FEREZ
29. **El discurso político de Esperanza Aguirre.** JUAN SALGADO MIRANDA
30. **Yolanda Díaz: la construcción del carisma a partir de la eficiencia tecnócrata.** DAVID PÉREZ TICHELL
31. **Jacinda Ardern: el carisma político en el liderazgo contemporáneo.** CARLOS MENÉNDEZ
32. **Del *felipismo* al *sanchismo*: la construcción del liderazgo en el PSOE.** CELIA LÓPEZ POLO
33. **Ataques a periodistas en el seno de la UE: ¿un preludio de desgaste democrático?** MÓNICA ZAS MARCOS
34. **La campaña permanente del partido demócrata en Georgia.** EDUARDO MUÑOZ SUÁREZ Y GUILLERMO BOSCÁN
35. **El buenismo criminal.** PABLO GEA CONGOSTO

